

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

R^{DO.} P. EDUARDO LLANAS, ESCOLAPIO

EL DÍA 5 DE ABRIL DE 1891



BARCELONA

—*—
IMPRENTA DE JAIME JEPÚS Y ROVIRALTA

CALLE DEL NOTARIADO, NÚM. 9

1891.

DISCURSO

DEL

RDO. P. EDUARDO LLANAS, ESCOLAPIO.

Señores Académicos:

BIEN quisiera yo que mis fuerzas siguieran más de cerca á mis deseos, para corresponder de algún modo, con mi gratitud, á la innmerecida honra que me dispensasteis, eligiéndome para ocupar una de las plazas de individuo de número de esta Real Academia de Buenas Letras, á la cual han pertenecido, y pertenecen en la actualidad, las más conspicuas notabilidades literarias de la Capital del Principado. Pero yo sólo puedo ofreceros una voluntad bien dispuesta á contribuir á los fines de la Academia; mas con ella podéis contar incondicionalmente. Para mayor confusión mía, he de ocupar la vacante ocurrida por el fallecimiento del eminente Académico D. José Flaquer y Fraisse, ornamento que fué de esta Corporación durante 30 años, y en la cual ejerció los cargos de Secretario y Tesorero. Concurrían en mi ilustre Predecesor (Q. E. P. D.) cualidades tan eminentes, que todas las Corporaciones literarias, jurídicas, docentes, benéficas y propagandistas, solicitaban su cooperación y se honraban contándole en el número de sus afiliados. Doctor en Leyes, en Filosofía y en Derecho Administrativo, y Catedrático desde 1862 á 86 de Derecho Político comparado y de Derecho Político y Administrativo Español, hasta que en enero de 1889 Dios le llamó á mejor vida, fué una de las lumbreras más resplandecientes de nuestra Universidad literaria; miembro del Colegio de

Abogados de Barcelona y Madrid, socio y secretario de la Academia de Legislación y Jurisprudencia de esta Capital, socio y secretario también de la antigua Sociedad Filomática, socio fundador del Ateneo Catalán en 1860, socio y Vicepresidente de la Económica de Amigos del País, miembro del Instituto agrícola catalán de San Isidro y redactor de su Almanaque, Presidente de la Junta Penitenciaria y Vocal de la Junta de construcción de la nueva cárcel de esta ciudad, socio de las Conferencias de San Vicente de Paúl y uno de los fundadores de la Academia Filosófico-Científica de Santo Tomás de Aquino, y fundador y primer Presidente de la Academia de Derecho Administrativo, en cuyo cargo le sorprendió la muerte; publicista distinguido, como lo demuestran sus artículos publicados en 1863 en el *Diario de Barcelona*; pensador profundo, como lo atestigua su Oración Inaugural del año académico de 1882 á 1883, leída en la Universidad de Barcelona; fué D. José Flaquer y Fraisse uno de los hombres que mejor uso saben hacer de las extraordinarias facultades que Dios, en beneficio de sus semejantes, quiere otorgarles. Lamentemos, señores Académicos, la pérdida de compañero tan ilustre, é inspirémonos en los ejemplos de actividad infatigable, de afabilidad exquisita, de patriotismo sincero, de caridad generosa y de religiosidad ejemplar, que nos ha legado. Y pagado este recuerdo á su gloriosa memoria, dignaos prestarme benévolamente vuestra atención, mientras os expongo algunas sencillas observaciones acerca de la utilidad que la Geografía catalano-romana puede reportar de las investigaciones arqueológicas.

De las poblaciones más importantes que hubo en Cataluña durante la dominación romana, nos han dejado memoria escrita Estrabón, Pomponio Mela, C. Plinio Secun-

do, Claudio Tolomeo Alejandrino, Rufo Festo Avieno, el Ravenate, y con mayor puntualidad que todos ellos el desconocido autor del llamado *Itinerarium Antonini*. Densamente poblada estuvo, durante la dominación de los Césares, nuestra Cataluña. Mas á principios del siglo v de nuestra Era, barridas por el torrente asolador de los hijos del Norte, muchas de aquellas poblaciones, prósperas antes y ricas, desaparecieron, quizás para siempre, del escenario de la historia; otras resistieron al empuje aterrador de los bárbaros, y después de contemplar los acasos y vicisitudes de la monarquía goda, sucumbieron en su lucha con los sarracenos; y sólo el menor número, bien que no las menos importantes, lograron presenciar los incendios de las hordas bárbaras, las matanzas y sacrílegas profanaciones de los mahometanos, y las colisiones sangrientas de cien y cien guerras civiles, y la trasfusión inextricable de razas enemigas, y el choque estrepitoso de pueblos rivales, y la emulación mortífera de civilizaciones antagónicas, y la acción corrosiva de opuestas religiones, de opuestas costumbres, de opuestas literaturas, y opuestas tradiciones y leyes é intereses y aspiraciones, habiendo vivido hasta nuestros días allí mismo donde se meció su cuna, donde los dioses de Roma tuvieron sus templos, donde los Pretores construyeron sus palacios, donde los mártires del cristianismo santificaron los cadalsos. En este último caso se hallan las capitales de nuestras cuatro provincias: Barcelona es la heredera directa de la colonia cartaginesa fundada por las Barcas; Tarragona ocupa el sitio mismo de la *Tarraco* engrandecida, adornada y fortificada por los Escipiones; Lérida descansa en las laderas de aquella loma desde la cual la antigua Ilerda contempló á César, cuando desconcertaba los planes de Afranio y Petreyo; Gerona es la romana Gerunda evangelizada por S. Félix y consagrada por el martirio de S. Narciso. Habiendo

estas ciudades atestiguado su existencia en todos los momentos históricos, tienen derecho á ostentar la alcurnia romana de qué se envanecen.

Mas no aparece tan evidente la filiación romana de aquellas poblaciones, que habiendo desaparecido por algún tiempo del campo de la historia, resucitaron después, del polvo de sus ruinas, al soplo del espíritu patrio, y por su escasa importancia no lograron fijar la atención de los historiadores y geógrafos. Con todo, muchas de éstas pueden reclamar su abolengo romano. Cuando las indicaciones topográficas de los geógrafos é historiadores clásicos señalan la existencia de una población, allí mismo donde hoy existe, y desde mucho tiempo atrás ha existido, un pueblo que lleva el mismo nombre, aunque esté algo modificado, que tuvo la población romana, ese pueblo debe ser tenido como sucesor del reseñado por los autores antiguos, aun en el caso de que no haya sabido figurar en las páginas de la Historia. Por este motivo, la actual Badalona debe ser tenida por la continuadora de la *Betulona* de los siglos medio-evaes y época gótica, y ésta debe ser mirada como sucesora de la pequeña *Betullo* de Pomponio Mela, ó la *Betulo* de Plinio, ó la *Baetulon* de Tolomeo, nombres atribuidos á una población que existió en nuestras costas poco más allá del río Besós. Aunque la villa de Blanes figure poco en nuestra historia, sin embargo todos los geógrafos la identifican con la romana *Blanda*, atentos no tanto á los restos romanos en ella recogidos, cuanto á haber siempre existido allí donde Pomponio Mela, Plinio y Tolomeo determinan el asiento de *Blanda*, relacionándola, el primero con el Montgrí, el segundo con el río Tordera, y fijando su longitud y latitud el tercero.

Y si la sinonimia por sí sola forma una firmísima presunción á favor del origen romano de las poblaciones, esa presunción se convierte en certeza cuando la sinonimia entre las

actuales y las romanas poblaciones se halla fortificada por una tradición indubitable. Bien pueden los habitantes de Tortosa, al demostrar el origen romano de su ciudad, prescindir de los monumentos arqueológicos, monedas, medallas é inscripciones; nadie les disputará que la famosa colonia romana de que nos habla Plinio: *celeberrimi civium romanorum dertusani*; que la *Dertosa* de quien Estrabón nos dice que poseía un puente de barcas para cruzar el Ebro, y de quien Mela afirma que se hallaba á orillas de ese río, *Jugens Iberus Dertosam attingit*; y de quien Tolomeo nos da la situación en el extremo oriental de la Ilercaonia, y cuya posición coloca el Itinerario de Antonino á 62 millas de Tarragona, en la calzada que de esta ciudad se dirigía á Cartagena; sea aquella misma ciudad *Dertosa* que, en la época goda, acuñó medallas en honor de Agila y de Recaredo, la que fué conquistada por los árabes á principios del siglo VIII, la que un siglo después fué reconquistada por Ludovico Pío, para volver luego al poder de los sarracenos, gracias á la rebeldía del godo Aizon; la que con el nombre de Tortosa fué recuperada por catalanes, aragoneses y genoveses en 1148, bajo la dirección de D. Ramón Berenguer IV, y la misma que con ese nombre ha venido figurando entre las principales poblaciones de Cataluña. Y aun podemos prescindir de la sinonimia, siempre que podamos invocar una tradición constante; de aquí el que no ofrezca duda alguna la ubicación de la antigua *Ausa*, bien que hoy ninguna ciudad catalana lleve ese nombre, pues una tradición ininterrumpida enlaza la actual ciudad de Vich con el *Vicus Ausonæ* reconquistado de los árabes por Ludovico Pío, y á esta población con la Ausona de los siglos medios, y á esta última con el *Ausa* de Tolomeo, capital de los ausetanos, que, según Plinio, gozaban del derecho latino.

De lo cual deduzco, señores, que la tradición constante, de haber algunas poblaciones actuales ocupado siempre el área de ciudades romanas, descritas por los antiguos geógrafos é historiadores, es criterio seguro de certeza topográfica, siem-

pre y cuando, perteneciendo á la misma región, hayan conservado el nombre primitivo, ó sólo lo hayan modificado accidentalmente, ó si habiéndolo cambiado por completo, pueden atestiguar la época y ocasión en que ese cambio se verificara. Al historiar la vida de esas poblaciones, bien puede sin recelo alguno atribuirles el historiador cuantas noticias los antiguos nos legaron acerca de aquéllas que ocuparon su sitio; y hallándose en ese caso la ciudad de Ampurias, para concretar mejor mi pensamiento, puede su historiador descender hasta los orígenes de la ciudad greco-indigeta, llamada *Emporium* por Scylace, Polibio, Estrabón y Estéfano, y *Emporie* por Livio, Mela y Plinio, y puede afirmar con Estrabón que fué fundada por los griegos marsellese, establecidos antes en una isla próxima á la playa, y que desde su origen fué ciudad doble, habitada por indigetas y por griegos, separados por una muralla; y que, según Estrabón y Tito Livio, españoles y focenses vivieron en inalterable paz y armonía, rigiéndose por sus respectivas leyes é instituciones; y que más tarde, acaso cuando M. Porcio Catón sometió á los indigetas, sublevados contra Roma, unificaron sus leyes y su gobierno, *in unam coaluerunt civitatem*; y que después de la batalla de Munda, habiendo Julio César establecido en ella una colonia de romanos, según dice Tito Livio (1) constó de tres clases de habitantes, españoles, griegos y romanos: *in corpus unum confussi omnes; hispanis prius, postremo et grecis, in civitatem romanam ascitis*. Todo cuanto Estrabón, Polibio y Tito Livio escriben acerca del origen, vicisitudes, usos, leyes, instituciones, religión y costumbres de los antiguos emporitanos, lo que allí ejecutaron los Escipiones y Catón, las glorias eclesiásticas de la Sede *Empuritanana* durante la dominación goda, y las glorias civiles y militares del Condado *impuritanense* del tiempo de la Reconquista, todo puede ser reclamado como propio por la actual Ampurias.

(1) Libr. 34, cap. 9.

Pero si una tradición no interrumpida, aun sin tener en su abono las enseñanzas de la Arqueología, es guía segura para establecer la correspondencia entre las poblaciones catalano-romanas y aquellas en las cuales han sobrevivido al imperio de los Césares; pero se hacen aquellas enseñanzas del todo indispensables, cuando en el rodar de los siglos se ha roto el hilo de la tradición, perdiéndose ésta ó quedando por algún tiempo interrumpida. Las indicaciones topográficas y corográficas de los clásicos son insuficientes para fijar la ubicación de las poblaciones por ellos mencionadas, si éstas dejaron de existir, ó si en su lugar se erigieron otras que perdieron el nombre primitivo, y con él la tradición que recordaba su abolengo. Y por desdicha nuestra, la mayor parte de las poblaciones catalano-romanas mencionadas en los Itinerarios y escritores antiguos, desaparecieron por completo de la memoria de los pueblos, siendo por esto difícilísimo explicar la antigua Geografía por la Geografía moderna, y por ende, proporcionar la conveniente claridad á nuestra Historia de la época romana. Y es, que las noticias topográficas de nuestros pueblos y las corográficas de nuestra región consignadas por los antiguos, no pudieron ser siempre lo bastante exactas, como que las debieron á referencias más ó menos fidedignas; y añadiendo á esto las adulteraciones que en el transcurso de los siglos han sufrido los textos primitivos y auténticos, sea por la incuria, sea por la ineptitud de los innumerables copistas que en ellos pusieron mano, se comprende fácilmente que el estudio de los clásicos es ineficaz para restablecer la perdida correspondencia entre el sitio de una población romano-catalana, y el que en nuestra Geografía le pertenece. En este supuesto, sólo la Arqueología puede fijar el sentido de los clásicos, y si la Arqueología niega sus enseñanzas, todo será confusión, y dudas, y opiniones, y conjeturas, y desaciertos lamentables, y monstruosas aberraciones.

Hagamos, señores, la experiencia de las luces que por sí solos pueden suministrarnos los geógrafos é historiadores antiguos. Supongamos que hemos de fijar la ubicación de la población ibérica, donde se libró la primera batalla entre cartagineses y romanos, en los comienzos de la segunda guerra púnica. Ninguna población actual alega tradición constante que afirme hallarse en el sitio de aquélla. La Arqueología tampoco ofrece testimonio alguno en favor de ninguna de las actuales poblaciones. Consultemos á los clásicos. Abramos á Polibio, que fue el primero que relató este hecho de armas. En su libro 3.º, n.º 16 nos dice que, habiendo desembarcado Cornelio Escipión en Ampurias, fué sometiendo, parte por la fuerza, parte por la diplomacia, toda la costa marítima hasta el Ebro, y que después emprendió la sumisión del país comprendido entre el Ebro y los Pirineos. Vista lo cual por el cartaginés Hannon, encargado por Aníbal de defender esta parte de España, sale al encuentro de Cornelio, y acampa junto á la ciudad llamada *Cisa* por los naturales. Completo fué el triunfo del Romano, quien apoderándose del campamento enemigo, recogió un botín riquísimo, después de hacer prisioneros al cartaginés Hannon y al príncipe del país, el animoso Andubal. Esta victoria sometió á Escipión todo el país entre los Pirineos y el Ebro. Sabedor Asdrubal, general cartaginés, del desastre de los suyos, pasa el Ebro en busca de los romanos, á quienes encuentra merodeando, dispersos y descuidados, por las llanuras próximas al mar, y cae sobre ellos de improviso, y hace gran matanza, y sólo escaparon de la muerte los que lograron refugiarse en la escuadra. Mas, no atreviéndose á medir sus armas con Cornelio, que corrió en auxilio de los suyos, repasó el Ebro y volvió á Cartagena, mientras Escipión, castigados los causantes de la anterior sorpresa, recogió su ejército y marchó á invernar á Tarragona.

Tal es el relato de Polibio, del que sólo puede sacarse que *Cisa* era ciudad mediterránea, bastante distante de la costa,

y localizada entre los Pirineos y el Ebro. Tito Livio (1) sigue en un todo la narración de Polibio, y sólo añade que la población, por él llamada *Sisso*, estaba en lugar montañoso. Tolomeo nos habla de la ciudad de *Cinna*, identificada por Cortés, Marca y Florez con la *Cissa* de Polibio, y la coloca en la Lacetania á los 15°. 50 longitud 40° 50 latitud, en los cuales datos se apoya el maestro Florez para situarla en su mapa á orillas del Ebro y al sud de la Lacetania. Con todo, teniendo en cuenta la inseguridad de las longitudes y latitudes de Tolomeo, el mismo Florez es de parecer que la histórica *Cissa* y la Tolemaica *Cinna* corresponden á la actual Guisona. De esta opinión es también el arzobispo Marca, y también la suscribe Cortés en su Diccionario Geográfico. Pero el P. Mariana se abstiene de emitir opinión propia, escribiendo con no poco desenfado: «La batalla fué junto á un pueblo llamado *Cisso*, que entienden hoy es *Sisso* ó *Salde*, lugares conocidos por aquellas comarcas (2).» Zurita creyó que la *Cinna* de Tolomeo es la *Ciniana* del Itinerario de Antonino, y que él coloca no lejos de Besalú. Nuestro Pujades, después de referir las opiniones de los que identifican á *Cissa* con *Ciso* de la provincia de Huesca, con *Zaidin* á orillas del Cinca y con *Sos* en las montañas del alto Aragón, se inclina á creer, llevado de la semejanza del nombre, que corresponde á la pintoresca *Sitjes*, olvidando que estaba lejos de la costa. Icart y Margarit la supusieron en el sitio de Vilafranca del Panadés.

Entre tanta variedad de pareceres, place seguir el de Florez, Marca y Cortés, atendidas las razones expuestas por este último en su Diccionario, donde dice: «Es, pues, casi cierto, que *Cissa* ó *Cinna* era Guisona, ya porque está en lo mediterráneo, ya porque está oriental á Atanagia, hoy Sanahuja, donde continuó Escipión su marcha como vencedor, ya

(1) Libro 21, cap. 25.

(2) Libro 3.º, cap. 12.

porque, siendo entre los latinos la C y la G letras que se usan en las mismas voces, como *Cajus* y *Gajus*, lo mismo es *Cissam* que *Guissam*, y añadida la sílaba epentética y española *na*, de *Cissa* *Cissona* y *Guissona*. En esta villa se han hallado con efecto varias antigüedades, que indican haber sido población del tiempo de los romanos...» Muy atendibles son por cierto las anteriores observaciones; pero la cuestión sólo quedaría definitivamente resuelta, si á falta de tradición, *Guissona* pudiera ostentar algún monumento arqueológico allí aparecido y que atestiguara la existencia de *Cissa* ó *Cinna*. Mientras esto no suceda, empeño vano será el consultar á los clásicos, para determinar la correspondencia de aquella ciudad, que presencié la primera el batallar de romanos y cartagineses para establecer su dominación en nuestra patria.

Acaso más demostrativo de nuestra tesis es el ejemplo que nos ofrece la célebre *Subur*, una de las ciudades más particularizadas por geógrafos é historiadores antiguos. Tolomeo la encuadra en la región cosetana, entre Barcelona y Tarragona, á los 16°,50 longitud y 40°,45 latitud. Plinio afirma que pertenecía á los ilergetas, y la sitúa entre Tarragona y el Llobregat. Pomponio Mela, reseñando las poblaciones de la costa, desde las escalas de Aníbal hasta Tarragona, pone entre ellas á *Subur* y la localiza después de Barcelona. Tales son los datos registrados en los autores antiguos acerca de la ubicación de *Subur*. Mas tropezamos con el inconveniente de no poder reducir los textos á su primitivo sentido. Siguiendo á Mela, quieren Cortés y otros comentadores, que el Llobregat pasaba entre *Subur* y *Tolobis*, cerca la playa de Barcelona, mientras que Mayans y otros quieren que sea Tarragona la que, según Mela, se hallaba entre los ríos *Subur* y *Tolobis*; y es que los primeros leyeron á Mela del siguiente modo: *Rubricatum, in Barcinonis litore, inter Subur et Tolobim, majus*; mientras los segundos son de parecer que Mela escribió: *inter Subur et Tolobim amnes, Tarraco urbs est*.... De modo que, según los unos, debe traducirse el texto

de Mela diciendo: «Desde allí á Tarragona están las pequeñas ciudades, *Blanda*, *Iluro*, *Bætulo*, *Barcino*, *Subur*, *Tolobis*; y los pequeños ríos *Bétulo* (*Besós*), y junto al monte de *Júpiter* (*Montjuich*), en las playas de Barcelona, el *Rubricato* (*Llobregat*), que es mayor que aquél. La ciudad de Tarragona es la más rica de aquellas costas marítimas....»; pero según los otros, lo que escribió Mela fué lo siguiente: «Desde allí á Tarragona están las pequeñas ciudades, *Blanda*, *Iluro*, *Bætulo*, *Barcino*, *Subur*, *Tolobis*, y los pequeños ríos *Betulo*, y junto al monte de *Júpiter*, el *rubricato* y la costa de Barcelona. Entre los ríos *Subur* y *Tolobis*, Tarragona es la ciudad más opulenta de aquellas costas marítimas....» Donde se ve, que es muy distinto el sentido que debe darse á Mela, según el Códice consultado.

Igual acontece en la interpretación dada al pasaje de Plinio en que se ocupa de *Subur*. Los Códices más antiguos dicen: «La región cosetana, el río *Subi*, la colonia Tarragona, obra de los Escipiones, como Cartagena lo fué de los penos: la región de los Ilergetes, la ciudad *Subur*, el río *Llobregat*, al cual siguen los laletanos é indigetitas.» Pero como ese texto coloca á *Subur* entre los Ilergetes, y Tolomeo asegura que era ciudad cosetana, algunos comentadores suprimen, en el pasaje citado, las palabras *regio Ilergetum*, y las trasladan más allá, después de hecha mención de los ausetanos, itanos, lacetanos y cerretanos, por suponer, aunque sin dato alguno positivo, que algún amanuense debió dislocar esas palabras, sacándolas del sitio en que Plinio las escribiera. Y de ahí que mientras unos citan á Plinio, al decir que *Subur* era ilergeta, otros le hacen afirmar que era cosetana. Estos últimos corrigen los antiguos Códices plinianos para concordar á Plinio y á Tolomeo, pero es el caso que no pueden lograrlo, si seguimos el Códice tolomaico de Erasmo, que es uno de los que mayor autoridad disfrutan, porque éste coloca á *Subur* en la región laletana, refutando á los que siguen á Plinio y á los que invocan á Mela.

Añádase á lo dicho, que todavía no está en claro, si Plinio, Tolómeo y Mela, al citar á Subur, se refieren siempre á la misma ciudad, ó si hablan de dospoblaciones, ó tal vez de una población y de un río designados con igual nombre. Creen la mayor parte de los expositores que en efecto se refieren á una misma y única población romana; pero nuestro Pujades (1), siguiendo á Ambrosio de Morales, pretende conciliar á los clásicos admitiendo una Subur en lo interior, cerca de Calaf, y otra en la costa, cerca de Cubellas, en el sitio ó alquería llamada Segur, que en su tiempo era pequeña aldea. Mayans opina (2) que al nombrar Mela por primera vez á Subur y Tolobis, se refiere á dos poblaciones romanas, pero que se refiere á dos ríos al volver á usar esas palabras, añadiendo que, á su entender, el río Subur correspondía al Franco-lí y Tolobis al Gayá. Y apoya su opinión en Tito Livio, quien puso cerca de Tarragona al río *Subi*, que debe corregirse *Subur*, y no Subin, como corrigió Isaac Vosio. Y aun añade que Vosio, Núñez de la Hierba, Pinciano, Broceso y Schott, entendieron que así Plinio como Mela, además de la población *Subur*, registraron el río Subur, no distante de Tarragona. Y debemos convenir, señores, en que el parecer de Mayans se halla conforme con la costumbre antigua de designar con el mismo nombre á los ríos y á las poblaciones que en sus riberas adquirirían alguna importancia. De lo cual nos ofrece ejemplos Tolomeo, quien coloca en las costas de la Tingitana al río Suburo, hoy Subo, y en sus orillas la ciudad de Suburo, hoy Mahmora, y de la misma manera coloca la ciudad de Siga en la Mauritania cesariense, y dice que la bañaba el río Siga, hoy Tenef. También nos habla del Rubricato, hoy Llobregat, y de la ciudad Rubricata, que estaba junto al mismo. Y de todos es sabido que el río Besós y la población de Badalona llevaron el nombre común de *Betulo* ó *Betullo*.

(1) Libr. 3.º, cap. 3.º

(2) Tract. de Hisp. prog. vocis ur.

Dada la imposibilidad de concordar á los autores clásicos, no debeis extrañar, señores, la divergencia que reina entre los autores que mejor han escrito sobre nuestra Geografía antigua, cuando se ocupan en determinar la correspondencia de la antigua *Subur*. A los citados podéis añadir á Sebastián Munster, que la coloca en Cubellas (1). De la misma opinión es Carlos Esteban (2), y con ambos concuerda Tarafa. Gerónimo Olivario, comentando á Mela (3), la reduce á Sitjes, de acuerdo en esto con Icart. El P. Juan Hardovin, exponiendo á Plinio (4), la sitúa en Villanueva y Geltrú. Pujades, en su Crónica (5), dice se halló en Segur, cerca de Sitjes y Cubellas. Dalmases, en *La Patria de Orosio* (6), cree que estuvo en Segur del campo de Tarragona, siguiendo en esto la opinión de Bricio, á quien cita. Cortés, en su Diccionario Geográfico la identifica con Subirats, el arzobispo Marca con San Baudilio del Llobregat, y por último Florez dice estuvo entre este río y Tarragona, aunque haciéndola Ilergeta.

Ahora bien, señores, condensad y tened presente cuanto escribieron Tolomeo, Mela y Plinio y sus más conspicuos expositores acerca de la situación de Subur, y luego preguntados: ¿dónde tuvo su asiento esa ciudad romana? Podréis afirmar que se halló entre Barcelona y Tarragona, y que si no fué ciudad marítima, no distó gran trecho de la costa; pero ¿fué San Baudilio? ¿fué Subirats? ¿fué Sitjes? ¿fué Villanueva? ¿fué Cubellas? ¿fué Segur? ¿fué Tamarit? Porque todas esas ciudades pueden alegar autoridades de respeto en su favor. ¡Ah! si la inscripción de Tarragona, referente al monumento que los suburitanos erigieron en honor de Lucio Furio, hubiera sido hallada en el solar de alguna de las precitadas poblaciones, de ella podríais afirmar que era la heredera y continuadora

(1) Geogr. de Tol. libr. 2.º

(2) Dic. Geogr. hist. verb. Subur.

(3) Libr. 2.º cap. 6.º

(4) Libr. 3.º, cap. 3.º

(5) Libr. 3.º, cap. 3.º

(6) Cap. 28, n.º 20.

de la romana Subur, pero debéis absteneros de formular una afirmación concreta, mientras la arqueología no mejore el derecho de alguna de las poblaciones que pretenden tener origen suburitano. Es en vano que Sitjes continúe honrándose con el apelativo de Suburensis, mientras no aduzca algún testimonio arqueológico que persuada su mejor derecho. Villanueva y Geltrú puede con ventaja disputarle el abolengo suburitano, puesto que puede ofrecer importantes restos arqueológicos que indican haber existido, junto á la ermita de San Gervasio, una población romana. De ésta son testimonio los pisos hidráulicos que en grandes extensiones se conservan, los mosaicos allí recogidos, los muros de edificios arruinados, algunas estatuas truncadas que desgraciadamente han desaparecido, varias monedas de emperadores romanos, una inscripción lapidaria que dice EX VOTO — C. CLODIUS ÆMILIANUS, y muchísimos restos de amfora, y gran cantidad de ladrillos y tégulas y barros saguntinos. Sólo quiero añadir que las excavaciones que presencié, al recoger algunos de esos restos arqueológicos, me persuadieron de que la población allí existente desapareció de un modo violento, y fué, al menos en parte, consumida por el incendio. A la vista de aquel hacinamiento de ruinas mezcladas con cenizas, que descansaban sobre pavimentos cubiertos de mosaico, y entre los cuales se veían algunos pedazos de capiteles corintios de la última época romana, era imposible no pensar en las demoliciones é incendios realizados por los bárbaros del Norte á principios del siglo v de la era cristiana.

De la insuficiencia de los clásicos para determinar, faltando la tradición y la Arqueología, el sitio en que se alzaron las poblaciones de que nos dejaron noticia, sería buen ejemplo la discutida ubicación de la *Cartago Vetus*, colocada por Tolomeo en la Ilercavonia, y cuya fundación se atribuye á Amílcar; pues mientras Finestres, Margarit, Pujades, Diago, Feliu y Flórez la colocan en Vilafranca del Panadés, D. Jaime Pascual, Antonio Puig, Milá y Fontanals, Salvador Cases y

Hernández y Sanahuja, á los cuales se inclina D. Próspero de Bofarull, prefieren situarla en San Miguel de Olérdula. Ambas opiniones son combatidas por D. Antonio de Bofarull; el arzobispo Marca, Cortés y el P. Mariana se pronuncian por Cantavieja; el P. Risco la sitúa algo distante de las bocas del Ebro, otros en Perelló, otros en Tortosa, y aun algunos han negado su existencia. Y toda esta variedad de pareceres arranca de la interpretación de Tolomeo, único escritor antiguo que se ha ocupado en *Cartago Vetus*, pero con tan mala suerte, que haciéndola ciudad ilercavona, la coloca—según el Códice Laurenciano 38, el Vaticano latino, y las ediciones de Ulma y Roma, consultados por Cortés—en los 16°,20 longitud y los 40°,15 latitud, siendo así que un pueblo situado entre los 16° y 17° latitud debía ser lacetano, y no ilercavón, cual supone á Cartago Vetus el Geógrafo alejandrino. A la vista tengo el Códice de Sebastián Munster, añadido por Jacobo Gastaldo, y editado en 1548 por Pedrezano en Venecia, y veo que coloca á Cartago Vetus á los 16°,40 longitud y 41°,20 latitud, con lo cual se la separa más de la Ilercavonia y se la traslada á Vilafranca ú Olérdula. En resumen, los autores que han atendido preferentemente á las medidas geográficas de Tolomeo, han buscado á Cartago Vetus por la región del Panadés, y los que se han fijado en la circunstancia de ser ciudad ilercavona, han preferido colocarla al otro lado del Ebro, distinguiéndose entre éstos Mondejar, que la soñó en Acra-Leucas ó Montalbán de Aragón.

Como quiera, la erudición clásica no puede aclarar esa correspondencia topográfica, para lo cual sería preciso que la Arqueología presentara algún testimonio decisivo. Y digo decisivo, porque los que hasta ahora se han aducido en favor del origen cartaginés de Olérdula, no pueden llevar la convicción al observador imparcial, que nada ve en Olérdula que sea anterior á la venida de los romanos á España. Sea esto dicho sin menoscabo de la grande autoridad que me hacen los señores Pascual, Puig, Milá y Fontanals y Hernández Sanahu-

ja, que de la inspección de las ruinas olerdulanas, y mayormente de las sepulturas abiertas en la roca, de los grandiosos silos y algibes en la misma excavados y de las murallas por ellos llamadas ciclópicas, han deducido que existió allí una grande población en época anterior á la romana. Pero he de confesaros con franqueza que yo he estudiado aquellas monumentales ruinas con gran detenimiento, que he recorrido palmo á palmo todas aquellas alturas, que he registrado el interior de aquellos imponentes muros, que he presenciado excavaciones hechas al pie de los mismos durante 18 días consecutivos, que he buscado cuantos restos he sabido que habían sido recogidos en aquellas cumbres, laderas y valles, y todo lo que he visto, y todo lo que he hallado y todo lo que he examinado me ha dicho que aquellas primitivas construcciones son genuinamente romanas, y romanos son los restos por mí y por otros desenterrados, romanas las monedas, excepción de algunas ibéricas, lo cual, como es sabido, no supone una fecha anterior á la dominación de los romanos. Lo único que podemos afirmar con certeza es que en las cumbres de Olérdula existió, en la primera época romano-española, una grande y muy fortificada ciudad; pero si fué *Cartago Vetus*, ó si fué *Subur*, ó si fué, como yo creo, la *Calipolis* de robustas y altísimas murallas de que nos habla Rufo Festo Avieno, es cosa que permanecerá incierta hasta que la arqueología no nos sorprenda con más decisivos descubrimientos.

Casi en las mismas condiciones de *Cartago Vetus* se hallaba á principios de este siglo la famosa Iluro; pero hoy su ubicación está determinada, gracias á los descubrimientos arqueológicos. Tolomeo sitúa la ciudad de Diluron, ó según otros Códices, Dilurum, en la costa laletania, entre Betulo y Blanda, precisando su longitud en 18° y en 41°,45 su latitud. En esa misma costa, y también entre Badalona y Blanes, coloca Pomponio Mela la Ciudad de Iluro, ó Eluro según algunos Códices. Entre las mismas poblaciones fijó Plinio la Iluro, ó Illuro, ó Eluro, que de las tres maneras la han escrito los co-

pistas. Con estos datos han tratado los historiadores y geógrafos de puntualizar la situación de Iluro, y Munster, Códice antes citado, la supone en Palamós. Feliu, en sus Anales, siguiendo á Pujades, la coloca en Lloret; Cortés, en su Diccionario Geográfico, prefiere situarla en Pineda, y otros, á quienes cita el P. Rius en *La gloria de Iluro*, opinaron que tuvo su asiento en Arenys de Mar. Sólo Marca (1), Finestres (2) y Caresmar en su Carta sobre la antigua población de esta Provincia, sostuvieron que la moderna Mataró está edificada sobre las ruinas de la antigua Iluro.

Pero afortunadamente la Arqueología ha venido á desvanecer las antiguas dudas y á suplir la tradición perdida. En primer lugar, es ya una fuerte presunción en favor de la correspondencia entre Mataró é Iluro, el hecho de haberse recogido en Mataró y sus alrededores, abundantes restos de una población romana, tégulas planas, ánforas, mosaicos, monedas de oro y plata de los emperadores Tito y Vespasiano, vasos sepulcrales, lápidas con inscripciones romanas, estatuas, sepuleros y otros riquísimos documentos, en tanta abundancia, que ninguna otra población de la costa puede presentarlos iguales. Más abundante luz arrojó sobre la identidad de Mataró é Iluro la lápida descubierta el año 1814, en la calle de al Riera, frente á las Casas Consistoriales, é incrustada hoy en la fachada de las mismas, y que fué erigida en honor de Lucio Marcio, el cual, entre otros cargos importantes, aparece revestido con el de *Duumvir* de Iluro. Acerca de esta lápida dice el escolapio P. Rius, en su obrita *La gloria de Iluro*, lo siguiente: «No puede dudarse de ser legítima, pues que el carácter de la letra romana, la propiedad del estilo lapidario, la pureza del latín, y lo arreglado de la nomenclatura, dan suficientes pruebas de ello. Si no se puso quién mandó erigir la lápida y por qué motivo, se satisface con de-

(1) Libr. 12.º, cap. 13.

(2) Sylloge de Insc. rom.

cir que otras lápidas hay sin estos requisitos, y no se duda de su legitimidad. ¿Y qué razón hubiera podido haber para una ficción tal? Yo no veo ninguna, y así creo, en fuerza de la presente memoria, que existió este Lucio Marcio, y que obtuvo los empleos continuados en la inscripción. ¿Y qué utilidad nos viene de esta lápida? La de ilustrar y fijar una cuestión de Geografía antigua, á saber, la verdadera situación de Iluro, la que unos ponían en Arenys, otros en Lloret y aun en Palamos, antigua *Paleópolis*, pueblo de origen griego como Rosas. Con mencionar la lápida á Iluro, en la que Lucio Marcio tuvo el empleo de *Duumvir*, y haberse hallado en Mataró profundamente sepultada, de modo que no se puede sospechar fuese trasladada aquí en algún tiempo, se colige, según regla de los anticuarios, ser éste el solar de aquella ciudad, ya que algunos inteligentes, juzgaban sería Mataró por otras varias memorias halladas en ella, y saberse por los geógrafos antiguos que Iluro estaba entre Blanes y Badalona. Por este medio hemos sabido que Tarrasa del Vallés é Isona del Pallás son, la primera, la célebre Egara, Silla episcopal en tiempo de los godos, y la otra la opulenta Esona de los Ilergetes.»

Sólo quiero añadir, por mi parte, que la Arqueología, con sus últimos descubrimientos, nos ha aclarado el enigma de haber sido llamada Iluro, durante los siglos inmediatos á la reconquista, *civitas fracta*, con que aparece en los documentos semievales. Destruída Iluro por los árabes, como las demás ciudades que les opusieron resistencia, al ser reedificada después de las excursiones de Ludovico, tomó el nombre de *civitas fracta* que paulatinamente sustituyó por el actual de Mataró. Y la Arqueología ha demostrado que la romana Iluro fué verdaderamente *civitas fracta*, ó ciudad quebrada, esto es, dividida en partes. Además de la población romana que ocupaba el solar de Mataró, entre las torrenteras de Argentona y de San Simón, y de que quedan tantos y tan valiosos vestigios, existía población romana al O. de la torrentera

de Argentona, en el pueblo llamado Cabrera, y también al E. de la torrentera San Simón, en el distrito de San Vicente de Llavaneras, y con los restos de estas dos poblaciones se han formado dos magníficos museos arqueológicos. Estos tres poblados, por su vecindad, y por hallarse el uno en el centro, y los otros dos en las vertientes del llano mataronés, debieron formar la importante, comercial y populosa ciudad romana, que tal debió ser Iluro, según lo deducen Marca, Finestres, Caresmar y Rius de las inscripciones lapidarias recogidas. De donde deducimos deducir que igual derecho tienen á ser consideradas como de origen ilurense Cabrera y Llavaneras, que Mataró, siendo las tres sucesoras parciales de la *civitas fracta* semieval y de la Iluro romana.

Accidentalmente he nombrado poco antes á Egara, y ahora debo añadir y demostrar que nos ofrece un ejemplo brillantísimo de los auxilios que la Arqueología presta en la determinación de la Geografía antigua. Sabido es que Egara fué Sede episcopal, sufragánea de Tarragona, durante la monarquía goda. Dicha Sede fué instituida el año 450 por el santo obispo de Barcelona, Nundinario, precediendo el consentimiento del Metropolitano tarraconense y de los Obispos comprovinciales, habiendo sido su primer obispo Ireneo, varón de singulares prendas y virtudes. Bajo el imperio de Justiniano, y siendo Teudis rey de España, fué promovido á la Sede de Egara Nebraudio, hermano de los obispos Justiniano, Justo y Elpidio, Prelados todos de quienes S. Isidoro hizo tan cumplido elogio en los capítulos 20 y 21 de sus *Varones Ilustres*. Este Obispo suscribió el Concilio de Tarragona de 516, el de Gerona de 517, el de Toledo de 527 y el de Barcelona de 540. Uno de los concurrentes al Concilio de Lérida de 546, fué Tauro, obispo de Egara. Sofronio, obispo de esta ciudad, asistió al Concilio 3.º de Toledo en 589 y al 2.º de Zaragoza, año 592. Y prescindiendo de otros obispos que rigieron la Sede de Egara antes de la invasión de los sarracenos, y de quienes se conserva memoria, sólo quiero recordar que en su catedral

se reunieron, el año 614, para formar Concilio, catorce Obispos de la provincia eclesiástica tarraconense.

Constaba, pues, por las actas de los Concilios, que desde mediados del siglo v, es decir, desde los principios mismos de la monarquía goda, existía en la provincia eclesiástica de Tarragona, la ciudad de Egara, ciudad tan importante que era una de las Sedes episcopales. De lo cual deducía la crítica que debió ser ciudad romana. Pero ¿dónde se halló situada? Ni los historiadores ni los geógrafos romanos hacen de ella mención alguna. Y si bien los documentos eclesiásticos atestiguan su existencia en la Provincia tarraconense, debe tenerse en cuenta que ésta comprendía entonces toda la Cataluña, casi todo el Aragón, parte de Castilla la Vieja y de Valencia, y una parte del Mediodía de Francia, y si bien es cierto que la división de obispados, atribuida al rey Vamba, señalaba los límites del de Egara, también lo es que se ignora su correspondencia con la moderna Geografía. De aquí que, mientras unos autores la presentaron como población catalana, otros, con Ambrosio de Morales, la trasladaron al Langüedoc, y otros, con García de Loaysa, la vieron en Egea de los Caballeros, cerca de Zaragoza. El P. Mariana (1), hablando de los obispos que había en tiempo del rey Vamba, cita como sufragáneo del de Tarragona al de Egara, *puesta, dice, antiguamente entre Barcelona y Gerona*, pero se guarda de indicar su correspondencia. Y aun vinieron á aumentar la confusión sobre el sitio de Egara aquellos autores que se empeñaron en buscar su nombre en los geógrafos á historiadores antiguos. Però yo sólo he visto en Tolomeo citada una ciudad llamada Egara; pero la sitúa en la Lidia á los 57°,50 y 38°,10, y es la llamada Egeata por Cornelio Tácito, y que nada tiene que ver con nuestra Sede Egarense. Mas Cortés y otros se han empeñado en confundir á Egara con la *Egosa*, que Tolomeo coloca en los itanos ó castelanos, y que si para

(1) Libr. 6.º, cap. 15.

Cortés corresponde á Tarrasa, para el arzobispo Marca corresponde á Camprodón, separándose de ambos Flórez que la deja indeterminada, bien que en su mapa tolemaico la pone al S. de los Ausetanos y O. de los Laletanos.

Como quiera, los autores anteriores á Diago, como carecían de instrumentos arqueológicos, desconocieron el sitio, y aun el territorio donde estuvo la antigua Egara, siendo Diago quien empezó á fijar los pareceres sobre este punto, al dar á conocer en 1603 la escritura pública de la consagración de la iglesia de San Martín, en el término de Tarrasa, jurisdicción de la antigua S. Pedro de Egara. Dícese en ese público instrumento que Fulco, obispo de Barcelona, fué á Tarrasa al lugar de antiguo llamado Sorved, y que allí consagró la iglesia erigida en honor de San Martín, situada en los términos de San Pedro de Egara, á cuya jurisdicción desde muy antigua estaba sometida. A la vista de este documento, Esteban Baluzio, al escribir en 1627 su disertación sobre el obispado de Egara, pudo ya fijar esa Sede en la moderna Tarrasa. Pujades, reconociendo el archivo del Priorato de Santa María de Terraza, halló varios documentos que evidencian la identidad de Terraza y Egara, entre ellos el acta de la consagración de Santa María, por Raimundo Guillén, obispo de Barcelona, donde se dice que la nueva iglesia «estaba próxima á la iglesia parroquial de San Pedro, en el mismo sitio donde antiguamente estuvo construída la catedral Egarense:» *in termino Tarratiæ, juxta Ecclesiam parochialem Sancti Petri, in eodem loco ubi antiquitus Egarensis Sedes erat constructa*. El mismo Pujades y el P. Risco aducen otros documentos que ponen fuera de toda duda el haber existido la Sede Egarense en el término de Tarrasa.

Però la Arqueología ha venido á precisar más el origen y la situación exacta de la histórica Egara. Suponiase, aunque no se podía demostrar, su origen romano. Però ese origen y la dignidad municipal de Egara, consignados quedan en lápidas de marmol allí desenterradas, y que hoy se conservan

en la iglesia de Santa María. Ningún anticuario ha puesto reparo á la autenticidad de esas lápidas dadas á conocer por Jerónimo Pujades. La una es una dedicatoria al emperador Elio Antonino Pío, hecha por el municipio de Egara y por decreto de sus decuriones. La otra es una dedicatoria de Grania Antusa á su marido Quinto Granio, de la tribu Galería, duumvir de Egara. Ambas lápidas fueron halladas precisamente en la iglesia parroquial de San Pedro de Tarrasa, allí donde el acta de consagración de Santa María, año 1096, afirma que estuvo la Sede Egarense. Y si todavía pudiera quedar alguna duda acerca de la identidad de San Pedro de Tarrasa con la romana y goda Egara, ésta es ya hoy imposible después que el joven D. José Puig y Cadafalch, en su Memoria «Notes Arquitectòniques sobre les Esglesies de San Pere de Tarrassa», ha demostrado que las iglesias de Santa María, San. Miguel y San Pedro de Tarrasa, construídas en los siglos x y xi, acusan la preexistencia de una iglesia de los tiempos godos, la cual á su vez fué construida mediante el aprovechamiento de materiales de origen ciertamente romano, acaso éstos, según costumbre universal, procedentes de un templo pagano, que existió donde fué erigida la catedral cristiana. Estos estudios del Sr. Puig y Cadafalch constituyen una confirmación plena de la identidad de Egara y San Pedro de Tarrasa, revelada primero por antiguos pergaminos, aclarada después por lapidarias inscripciones y evidenciada últimamente por la Arqueología arquitectónica.

Creo, señores, inútil aducir otros ejemplos en comprobación de lo mucho que puede prometerse la Geografía romano-catalana de las investigaciones arqueológicas, antes de nuestro siglo tan poco cultivadas y tan provechosamente proseguidas. A ellas deben el haber revivido en la memoria de los hombres no pocas poblaciones romanas cuya posición topográfica era del todo desconocida. Poblaciones que sólo conjeturalmente podían hablar de su alcurnia romana, hoy, gracias á la Ar-

queología, pueden con toda certeza fijar su génesis en los tiempos de los Césares.

Pero, á mi entender, la rama de la Arqueología que más puede contribuir al conocimiento de la ubicación de ciertas poblaciones catalano-romanas, es la que se ocupa en la investigación de los restos, todavía importantes, de las vías romanas que se conservan en nuestro Principado. Hay aquí una mina riquísima que puede ser explotada en beneficio de la antigua Geografía y en aclaración de nuestra antigua Historia. Como las calzadas romanas formaban una red que ponía en comunicación nuestras principales poblaciones, y de aquéllas quedan aún vestigios importantísimos, puede su estudio conducirnos al conocimiento de la topografía de muchas ciudades importantes, con las cuales pueden relacionarse las que alcanzaron menos importancia. En mi constante sistema de concretar todo lo posible mis ideas para hacerlas más evidentes, me limitaré al estudio del Itinerario de Antonino, en el cual se hallan registradas muchas poblaciones catalano-romanas de correspondencia desconocida ó dudosa, como son Deciana, Ciniana, Aquas Voconias, Stabulo Novo, Tolous, Mendiculeya, Secerras, Pretorio, Fines, Antistiana, Palfuriana, Oleastrum, Tría Capita, Intibili, ad Novas, ad Septimum, y no sé si alguna otra. Precisa tener presente que, además de las vías militares descritas en ese Itinerario, existían calzadas de segundo orden que unían las mansiones militares con las poblaciones de importancia, calzadas que no han desaparecido del todo, y cuyos restos no pueden ser confundidos con los caminos posteriores, y que reconocidas por la Arqueología viaria pueden suministrarnos datos importantísimos para la determinación de no pocas poblaciones de situación incierta ó controvertida. Por este procedimiento ha logrado nuestro compañero de Academia, el Sr. Pella y Forgas, en su *Historia del Ampurdán*, derramar mayor abundancia de luces que cuantos en este estudio le precedieron, sobre la ubicación de Deciana, Juncaria, Ciniana, y otras po-

blaciones de la región ampurdanesa. Mas siéndoos perfectamente conocidos los éxitos alcanzados por nuestro ilustrado Compañero, no he de insistir en ellos, aunque constituyen una demostración victoriosa de mi tesis.

Pero sí debo llamar vuestra atención sobre los resultados obtenidos por la Arqueología viaria en la costa marítima de Barcelona á Tarragona, y más aún, en las llanuras de la Llitera, entre el Segre y el Cinca, acerca de los cuales puedo hablar como testigo presencial que he sido de las investigaciones llevadas á efecto, y de los descubrimientos realizados.

Sabido es que Estrabón nos habla de un antiguo camino que desde los Pirineos orientales iba á Cartagena, vecino al mar en unos puntos, algo separado de él en otros, diciéndonos que era largo y escabroso: *longa et difficilis via*. Ese camino, abierto sin duda con anterioridad á la venida de los romanos, debió ser utilizado por Gn. Escipión al empezar sus conquistas por las costas comprendidas entre el Pirineo y el Ebro, ya que Polibio nos afirma que el ejército de tierra marchaba á la vista de la escuadra. Como se ve, nada tiene que ver ese camino con la vía romana construída posteriormente á través del Panadés, y sobre la cual estaban las mansiones militares de *Fines*, *Antistiana* y *Palsuriana*, como puede verse en el Itinerario de Narbona á Castulón. Tal vez mejorado por los romanos, el viejo camino formó parte del Itinerario de Narbona á León, y sobre él y entre Barcelona y Tarragona existía *Stabulum Novum*, distante de la primera ciudad 51 millas y 24 de la segunda. Cortés, en su Diccionario, asegura que el tal camino pasaba por las costas de Garraf. Y allí podéis reconocerlo todavía, Señores. El que tiene el honor de dirigiros la palabra, acompañado de algunos excursionistas de Villanueva y Geltrú, tuvo el placer, durante el verano de 1883, de comprobar la existencia de ese camino romano, no sólo á lo largo de las costas de Garraf, sino también en los términos de Sitjes, Villanueva, Cubellas, Cunit y Calafell, confundido á trechos con el camino que une esas poblaciones,

á trechos separado del mismo. Posteriormente reconocí su existencia entre Calafell y Bará, y puedo aseguraros que debajo mismo del Arco Romano de Bará entroncaba con la vía romana que cruzaba el Panadés. Supongo que desde este monumento á Tarragona ambas vías se confundirían en una sola, bien que nada puedo asegurar sobre el particular, como tampoco sobre la dirección que seguía desde Castelldefels á Barcelona. Pero reconocido desde Castelldefels á Bará, sabíamos la dirección del trecho en que *Stabulum Novum* debió hallarse, y en este supuesto emprendimos la determinación de la desconocida ciudad romana, ya que el Itinerario nos marcaba su distancia á Barcelona y á Tarragona, que, como llevo dicho, era de 51 y 24 millas respectivamente.

Dada la dirección de la vía y las distancias de *Stabulum Novum* á Barcelona y Tarragona, por precisión debía hallarse la ciudad romana en el término de Calafell y próxima á la playa. Allí nos dirigimos, y nos sorprendió agradablemente la noticia de que habían sido recogidos multitud de objetos romanos, en la partida llamada *Vilarench*, comprendida entre Calafell, la Estación del ferrocarril y la costa marítima. Era precisamente el punto determinado *a priori* para la ubicación de *Stabulum Novum*. Puestos ya sobre el terreno, reconocimos una magnífica cisterna de construcción evidentemente romana, varios fundamentos de edificios también romanos, pisos hidráulicos de igual origen, y por doquier ánforas destrozadas, tégulas, ladrillos, cacharros saguntinos, vidrios irisados, pedazos de hormigón hidráulico, de mosaicos, de pinturas murales, todo evidentemente romano, y esparcido en gran abundancia en una extensión de más de un kilómetro en cuadro, y constituyendo una presunción fuerte de que *Stabulum Novum* había estado allí mismo, allí donde nos habían conducido las indicaciones del Itinerario y las de la Arqueología viaria. Y esa presunción se transformaba en certeza cuando los propietarios y cultivadores de los terrenos del *Vilarench* nos daban noticia de los hallazgos por ellos

hechos, consistentes en ánforas enteras y truncadas, tazas de barro saguntino, pedazos de mármol, estatuas marmóreas más ó menos completas, largos muros de construcción, pavimentos de cal y ladrillo desmenuzados, monedas romanas, etcétera. Aunque seguros ya de haber dado con el sitio de *Stabulum Novum*, deseosos de calcular la importancia de la estación romana, y ansiosos de hallazgos arqueológicos, pedimos y obtuvimos permiso del marqués de Casa Samá, para practicar excavaciones en una viña de su pertenencia, en sitio próximo á la ya mencionada cisterna romana. Proseguimos las excavaciones durante diez días, y logramos poner al descubierto, en una extensión de 300 metros cuadrados, parte de la planta baja de un grandioso edificio, que por la naturaleza y distribución de los pavimentos y paredes, y por la cualidad de los objetos hallados entre las ruinas, evidentemente debió corresponder á unas magníficas termas. Luego adquirimos de ello evidencia completa. Permitidme una ligera reseña de sus compartimientos principales. Como las Termas Stabianas de Pompeya, las de *Stabulum Novum* tenían departamentos distintos para hombres y mujeres. En el centro estaba el departamento de calderas, y próximo á él el *tepidarium* y el *callidarium*, para los baños del bello sexo, y aunque la especial techumbre de estas dos dependencias, llamada *suspensura*, había desaparecido, y sólo en fragmentos se halló entre las ruinas, pero permanecían aún en pie los pilares de ladrillo que la sustentaban y por entre ellos trozos de la tubería que repartía el calórico. Al lado opuesto del departamento de calderas, estaba el *callidarium* para los baños de hombres, con los treinta pilares de ladrillo sobre que descansó la *suspensura*, y teniendo un piso de cemento de 0'25 metros de espesor, y con una superficie doble del *callidarium* para mujeres. A continuación de esta pieza seguía otra muy espaciosa, y que por carecer de pavimento hidráulico, es de suponer serviría para *palestra*. Junto á ésta se hallaba la *piscina* pública, con una superficie de 66

metros cuadrados, y con un piso hidráulico de 0'4 metros de grueso. A uno y otro lado de la piscina estaba el *destrictarium*, formando dos rectángulos, de 8 metros de largo y 2'50 metros de ancho cada uno, con pavimentos perfectamente conservados. Había además varias bañaderas particulares, ya de estuco, ya de mármol, y diferentes piezas de destinación problemática, de entre las cuales casi puede asegurarse que una servía para depósito de combustible, otra para *restaurant* y otra de lugar excusado. Y sobre todos aquellos pisos de hormigón hidráulico, y entre los pilares de ladrillo, y en los corredores y piezas accesorias, veíanse gran multitud de cacharros saguntinos, pedazos de mármol, lindas pinturas murales, y tégulas enteras y ánforas despedazadas, y vidrios irisados, y pedazos de bronce y de marfil. Lo que más me sorprendió fué el hallar una hachuela neolítica en el fondo de una bañadera de mármol.

Yo, señores, que he visitado á Pompeya, y he presidido las excavaciones de Calafell, puedo aseguraros que las termas de *Stabulum Novum* podían competir en grandiosidad y magnificencia con las Stabianas de Pompeya, y eran mucho más importantes que las de Crasso Frugio, y hasta me atrevo á asegurar que superaban á las que en la ciudad del Vesubio se hallaban en la región 7.^a, isla 5.^a ¡Lástima que, por motivos que no son de este lugar, nos fuera inhibido proseguir las excavaciones que tan brillantes resultados nos iban dando! Como quiera, queda averiguado, señores, que *Stabulum Novum* yace sepultado bajo el terreno cultivado del Vilarench, y que si aquí se hicieran excavaciones semejantes á las realizadas en Herculano y Pompeya, pondrían al descubierto la ya localizada estación militar romana, con sus calles, con sus plazas, con su puerto, con sus templos y acaso con sus murallas.

Pero, bajo el punto de vista geográfico, más satisfactorios resultados aun obtuvimos algunos aficionados excursionistas, al estudiar, en mayo de 1883, la magnífica vía romana que

cruza los llanos de la Litera, entre el Segre y el Cinca, y acerca de la cual leí una minuciosa descripción en la solemne sesión pública, celebrada el 2 de junio de 1883, por la Asociación de Excursiones Catalana, en esta ciudad establecida, y de la que, contando con vuestra benevolencia, haré un breve resumen. Una lápida romana, con inscripción laudatoria del emperador Tiberio Claudio, hallada en el borde del camino que desde Esplús conduce á Lérida, y en el término de Vallbona, límite de la provincia de Huesca, dió ocasión dichosa para el hallazgo y reconocimiento de la citada vía romana. Si quereis formaros una idea aproximada de lo que fué esta vía, con la imaginación trasladados al pueblo de Almacellas, última estación de Cataluña, en la vía férrea de Barcelona á Zaragoza, y alejaos un kilómetro de ese pueblo, tomando la dirección del Sud, hasta donde el camino forma un ángulo para adoptar la dirección del S. E. á N. O., que conserva al internarse en Aragón. Os hallaréis sobre la vía romana. Siguiendo esa vía, que casi siempre coincide con un camino carretero, podéis andar los 4 kilómetros que os separan de la *Clamor Salada*, límite entre las provincias de Lérida y Huesca, y siguiendo adelante sobre la misma vía, atravesaréis las partidas de Vallbona, Ventafarinas, Ráfales, las Pueblas de Malazar, llegando hasta Esplús, que dista 15 kilómetros de vuestro punto de partida. Siguiendo ese camino desde Esplús en dirección á Valcarca, todavía pisaréis cinco kilómetros de la vía romana, cuyos restos desaparecen al declinar el camino hacia la pintoresca cuenca del Cinca. Habida en cuenta la dirección seguida desde Almacellas, debió prolongarse la vía entre los pueblos de Balcarca y Binaced, para cruzar el río Cinca entre Pueyo de Moros y el Santuario de la Alegría, de lo cual es testimonio clarísimo la existencia de la vía allende el Cinca, en la prolongación de la misma recta seguida desde Almacellas, y que continúa por Selgua hasta Berbegal, que es la antigua *Caum*. En realidad, sólo recorrimos la vía en los 35 kilómetros que separan á Selgua de Almacellas, pu-

diendo observar que entre estas dos poblaciones seguía una línea recta, apenas desviada en el paso del Cinca, y que si se prolongara, tocaría por el S. E. en Lérida y por el N. O. en Berbegal, Pertusa y Huesca.

Esa vía se halla en perfecto estado de conservación, en varios kilómetros de recorrido, en las partidas de Vallbona, Ventafarinas, Ráfales, Las Pueblas, y al otro lado del Cinca entre Conchel y Selgua. Algunos trozos se hallan deteriorados, ya por la acción de las aguas, ya por el cultivo de los campos; en algunos puntos sólo se notan restos de ella, aunque indubitables, y en la cuenca del Cinca ha desaparecido del todo. En cambio se halla perfectamente conservada, como pudo estarlo en tiempo de los romanos, en las partidas de Vallbona y Ventafarinas, y también al otro lado del río. Practicados algunos cortes transversales, para examinar su construcción, se halla, sobre el terreno previamente nivelado, una capa de argamasa de 0'04 metros de espesor, encima de la cual se extiende un lecho de piedras irregulares, de 15 centímetros de grueso, y que se halla cubierto con una capa de argamasa igual á la primera. Sobrepuesto á todo esto, viene un estrato de hormigón, muy rico en cal, y de un espesor de 20 centímetros, sobre el cual descansa el afirmado, mezcla de tierras y gravas, que en su centro alcanza más de 30 centímetros de altura, y que formando el lomo de la calzada, facilita el desagüe de la misma. Tiene esta vía ocho metros de ancho, incluyendo un metro por cada uno de los dos andenes, formados por buenas piedras sillares, incrustadas en la capa de hormigón, y por ende, sobrepuestas á las tres capas inferiores, y que por sí solos pregonan la magnificencia del pueblo que tan soberbias vías de comunicación poseía.

Aun cuando nuestra excursión arqueológica por la Litera sólo nos hubiera proporcionado la ocasión de determinar el trazado y conocer la composición de esa vía romana, hubiera sin duda alguna sido sobremanera provechosa; pero nos facilitó el medio de conocer el sitio de dos poblaciones roma-

nas, Tollous y Mendiculeya, con empeño vano buscado antes de conocer el trazado de la vía militar que os he descrito. Y ante todo, esa vía ¿era la del Itinerario n.º 1 de Antonino? ¿era la del Itinerario n.º 32? porque ambas grandes vías pasaban por Lérida y por Huesca, arrancando la primera de Milán y tocando en Arles, Narbona, Barcelona, Tarragona, Lérida, Huesca y Zaragoza para terminar en León, y partiendo la segunda de Astorga y siguiendo por Zaragoza, Huesca y Lérida para morir en Tarragona. Si pertenecía al Itinerario n.º 1, debió hallarse en el trozo reseñado la ciudad de Tollous, colocada equivocadamente en Monzón por la generalidad de los geógrafos; y si pertenecía al Itinerario n.º 32 en él debió hallarse la ciudad de Mediculeya, sobre cuya situación topográfica tantas opiniones se han emitido; y si ese trayecto era común á las dos vías militares, evidentemente cabe el mismo existieron las dos ciudades de Tollous y Mendiculeya. Esta tercera hipótesis es la única aceptable, verificándose aquí el hecho frecuentemente observado por los arqueólogos, de acusar dos Itinerarios una sección común en dos vías distintas. Los Itinerarios n.º 1 y n.º 32 comprenden la misma sección de vía que unía á Lérida y Huesca.

Para demostrar que dos Itinerarios se refieren á un mismo trazado entre dos ciudades en ambos nombradas, basta comprobar los tres hechos siguientes: 1.º Los dos Itinerarios registran poblaciones que, siendo diferentes, se hallan en la misma dirección. 2.º Los puntos de partida para la marcha de las legiones son los dos extremos comunes, siendo no sólo distinta, sino diametralmente opuesta, la dirección seguida por las tropas; y 3.º que la distancia marcada en los dos Itinerarios entre ambos extremos comunes sea igual para ambos recorridos opuestos. Cumplidas estas tres condiciones, debe admitirse que el trozo de vía señalado por dos Itinerarios entre dos ciudades ó mansiones, formaba un solo camino para ir desde la una á la otra. Y como estas tres condiciones se cumplían en el trazado indicado por los Itinerarios n.º 1 y

n.º 32, para el trayecto comprendido entre Huesca y Lérida, puede y debe deducirse que parte de la vía romana existente en la Litera pertenecía á la vez á la vía que salía de Francia y terminaba en León, y á la vía que, arrancando de Astorga, finalizaba en Tarragona, ó, lo que es lo mismo, que ambas vías se confundían en una sola entre Lérida y Huesca. La demostración de que nuestra vía llenaba las tres condiciones expuestas, la tengo hecha en la Memoria á que antes hice referencia, y por no ser demasiado largo debo aquí omitirla.

De todo esto debe deducirse, que las mansiones citadas en los dos Itinerarios, y comprendidas entre Lérida y Huesca, por pertenecer á una misma vía, debieron hallarse junto á la que estoy refiriéndome. Nombrándolas por su orden topográfico á partir de Lérida, y anotando su respectiva distancia, podremos formar el cuadro siguiente:

Ilerda.	punto de partida.
Mediculeya.	á 22 millas de la anterior.
Tolous.	á 10 » » » »
Caum.	á 10 » » » »
Pertusa.	á 9 » » » »
Osca.	á 10 » » » »

La total distancia de Lérida á Huesca, contada en línea recta, es la que nos marcan los Itinerarios, esto es, 61 millas romanas. La correspondencia entre la antigua Caum y la moderna Berbegal, la de la antigua Pertusa y la que hoy lleva el mismo nombre, admitida por todos los autores, queda confirmada por su situación sobre la vía romana y su respectiva distancia á Lérida y Huesca. Pero en cambio, debe rectificarse la situación atribuida á Tolous por Zurita, Pedro de Marca, Cortés, Piferrer, y el escolapio José de la Canal, que han identificado á Tolous con Monzón, fundándose principalmente en la significación de la radical *Thol*, equivalente á *lugar*

alto y fuerte, de donde derivan el Tolous, traducido en lemosín por *Mont-so*, y en latín por *Mont-sis*, de donde el histórico *Mont-Tizón*, refundido en el moderno *Monzón*. Hoy puede asegurarse que la vía no cruzaba el Cinca por donde *Monzón* está situado, sino mucho más al Mediodía, entre Pueyo de Santa Cruz y el Santuario de la Alegría, de la parte de acá, y entre Conchel y Selgua, de la parte opuesta, y que Tolous debió hallarse próximo á la Alegría y no lejos de Pueyo. Así lo convencen la dirección visible de la vía, la numeración de las millas, la correspondencia de la palabra indígena Tolous, *sitio elevado y fuerte*, con la de Pueyo, latín *Podium*, catalán *Paig*, que tiene igual significado, y por último la abundancia de restos romanos que el investigador halla sembrados en las inmediaciones de la Alegría, y sobre todo eso, los cimientos romanos de un desaparecido puente en la parte del río correspondiente á la prolongación de la vía descrita. Por lo tanto debe desecharse la opinión de los autores, antes citados, que identifican á la actual *Monzón* con la *Ilergeta Tolous*, como así bien la de *Moner*, que coloca á esta población en el sitio de *Tamarite*, lo mismo que la de *Zobel de Zangronis*, que la traslada á *Puebla de Castro*.

Conocida la dirección de la vía romana, y sabiendo que sobre ella estuvo *Mendiculeya* á 22 millas de *Lérida* y á 19 de *Berbegal*, era fácil determinar la ubicación de esta ciudad, colocada por unos autores en *Alcolea*, por otros en *Binefar*, por otros en *Algayón*, por otros en las *Torretas*, y aun por alguno en *Benabarre*. El problema era ya facilísimo: dada la vía que unía á *Lérida* y *Huesca*, determinar en ella el punto distante 19 millas de *Berbegal* y 22 de *Lérida*, y 10 de *Tolous* ó río *Cinca*. Este punto debía hallarse en la partida llamada *Castellar*, del monte de las *Pueblas*. Y en efecto, allí nos dirigimos y con gran placer observamos desde un principio que todo aquel terreno se hallaba sembrado de restos romanos. Allí debió existir *Mendiculeya*: aquellos innumerables fragmentos de barros saguntinos, aquellas tégulas de varias for-

mas y dimensiones, medio molino de mano, ánforas truncadas, un pedestal de columna, tres sepulcros formados por grandes losas de piedra, trozos de mosaico, dos monedas romanas, la una acuñada en *Lérida* y la otra perteneciente al emperador *Domiciano*; y un anillo con inscripción romana, y una llave y una moneda de *Maximino*, encontrados en aquel mismo sitio por el propietario del terreno, todo nos confirmaba en la idea de que allí, bajo nuestros pies, se hallaba sepultada la ciudad de *Mendiculeya*.

Nueva comprobación de la existencia de esta ciudad en el sitio á que nos hemos trasladado, nos ofrece el feliz hallazgo de una lápida cónica, algo truncada y deteriorada, pero no tanto que no se pueda leer su inscripción, y que fué desenterrada junto á la vía romana, en el término de *Vallbona*, un kilómetro más allá de la *Clamor salada*, y seis kilómetros antes del sitio adjudicado á *Mendiculeya*. Al recorrer nosotros la vía romana, todavía la lápida cónica se hallaba en su propio sitio, y sólo en parte estaba al descubierto, y como supondréis, acabamos de desenterrarla, ansiosos especialmente de leer la inscripción que contenía. Aunque algunas de las letras se habían ya desgastado, pudimos completar la lectura epigráfica, que decía así:

TI. CLAVDIVS CAESAR
AVGVSTVS GERMANICVS
PONTIFEX MAXIMVS TRIB
VNICIA POTESTATE IIII.
IMP. VIII COS III P. P.
CCXXXVIII

No era esta piedra cónica un verdadero *miliario*, es decir, una lápida destinada á consignar el número de millas hasta el origen de la vía, según su redacción claramente lo indica, sino que formaba parte de una de aquellas columnitas que se colocaban de trecho en trecho, para conmemorar al empera-

dor que había mejorado ó restaurado la vía. Por esto ni en ella se indica el origen de la vía, ni contiene las iniciales M. P., ni el número 238 corresponde á la distancia de aquel punto á Astorga ó Narbona, puntos de partida de la vía, según los Itinerarios asturicense ó narbonense. Pero ese número de millas corresponde exactamente á las que median entre el sitio de la lápida y el Pirineo, indicándonos que el emperador Claudio restauró la vía narbonense desde el Pirineo á Tarragona y desde esta ciudad á Zaragoza, León ó Astorga. Ahora bien: tomando uno de los Itinerarios y contando el número de millas desde el Pirineo hasta la lápida, hallamos ser exactamente 238, que es el número en ella registrado; y contando en ese mismo itinerario la distancia desde el Pirineo á Mendiculeya, hallamos 244 millas; seis más que hasta la lápida conmemorativa. Y efectivamente, señores, esta distancia de seis millas media entre el sitio adjudicado á Mendiculeya y el sitio donde fué hallada la lápida.

Sintetizando ahora, señores, cuanto en mi discurso he tenido el honor de manifestaros, podemos formular las siguientes conclusiones: El estudio comparativo de los geógrafos é historiadores antiguos es por sí solo insuficiente para determinar la ubicación de las poblaciones catalano-romanas que han desaparecido de nuestro suelo, como los ejemplos de Cisa y Subur lo demuestran. Cuando en una región determinada colocan los clásicos una población romana, y existe en la misma región un pueblo que lleva el mismo nombre, bien esté algo modificado, que llevó la población antigua, debemos admitir que ésta ha sobrevivido en la que hoy se honra con su nombre; y por esto, creemos que Badalona es la antigua Betulona, y Blanes la romana Blanda, como el río Llobregat es el romano Rubricato, y el Ebro es el antiguo Ibero. Esa fuerte presunción se convierte en certeza, cuando la sinonimia se halla corroborada por una tradición constante oral ó escrita; por lo cual es imposible sugerir duda alguna sobre la identidad entre la moderna Tortosa y la romana Dertusa,

entre Vich y el Vicus Ausonæ de la Edad Media, y entre éste y el Ausa de la época ibérica y romana. Mas cuando faltan la sinonimia y la tradición é Historia para interpretar á los clásicos, es guía segurísima la Arqueología, á la cual debemos agradecer el habernos mostrado el asiento de ciudades tan importantes como Egara é Iluro, y sólo de ella podemos esperar la buscada y no hallada correspondencia de muchísimas otras ciudades catalano-romanas, que permanecerán ignotas ó inciertas hasta que la Arqueología fije su situación topográfica. Y especialmente debemos pedir auxilios á la Arqueología viaria, que así como recientemente nos ha demostrado el sitio exacto que ocuparon *Stabulum Novum*, *Tolous* y *Mendiculeya*, riéndose de los inútiles esfuerzos antes hechos por tantos investigadores eruditísimos, podrá, si se cultiva con cariño y acierto, no sólo fijar la situación que tuvieron muchas ciudades romanas hoy en vano buscadas, sino la importancia que en su tiempo alcanzaron y acaso las vicisitudes principales que sufrieron.

Es tanta la confianza que tengo en los descubrimientos que puede proporcionar la Arqueología viaria, que no vacilo en afirmar que nos daría con toda exactitud la ubicación de las poblaciones romanas, *Ad Novas* y *Ad Septimum*, que sobre la vía asturicense se hallaban entre Lérida y Tarragona, si se hicieran algunas investigaciones á este objeto. Conocida la dirección de la vía romana entre el Cinca y el Segre, fácilmente se hallaría su trazado á la parte acá de este último río, mayormente siendo aquel terreno, por lo pedregoso y poco cultivado, muy apropiado para la conservación de la vía, que por otra parte, según me consta por buenas referencias, ha sido en algunos puntos ya reconocida. Determinada, pues, la dirección de la vía por este lado, y sabiendo que la mansión *Ad Novas* distaba de Lérida 18 millas, estoy seguro que un examen del terreno y algunas excavaciones practicadas en el sitio indicado por el Itinerario, acusarían la existencia de una población romana. De esa manera

se ha logrado precisar el sitio de *Stabulum Novum* y de *Mendiculeya*. Averiguada la situación de *Ad Novas*, sea ó no, Villanueva de Prades, y buscando la dirección de la vía hacia Tarragona; á 13 millas de la mansión anterior y 17 millas antes de llegar á Tarragona, debe hallarse la mansión *Ad Septimum*, que se buscaría por el anterior procedimiento, y sin duda se sabría á ciencia cierta si estuvo ó no donde hoy está la *Selva*. Dispensadme, señores Académicos, el que me haya permitido las anteriores indicaciones, pues creo que proponiéndose nuestra Corporación cultivar aquellas ramas que más contribuyen á ilustrar la Historia de nuestra patria, y pudiendo muy mucho contribuir á ello la Arqueología viaria, cuantas investigaciones se hagan en este terreno arqueológico pueden ser protegidas y fomentadas por nuestra Academia.

HE DICHO.



DISCURSO

DE

D. JOAQUÍN RUBIÓ Y ORS.

Señores Académicos:

HONRA es para mí de inestimable precio,—y tal que por alto que ponga mi agradecimiento nunca será igual á la deuda que por ello con vosotros tengo contraída,—la que me dispensasteis al elegirme nuestro dignísimo Presidente para, en representación vuestra y llevando la voz de esta ilustre Corporación, dar la bienvenida al que será pronto distinguidísimo compañero y activo é inteligente auxiliar nuestro en nuestras tareas literarias. Y es que en esta ocasión, al placer que ha de causarme cumplir este vuestro encargo, en la medida que á mi escaso ingenio sea dable hacerlo, añádese la circunstancia,—haciendo por un instante caso omiso de los muchos y muy subidos merecimientos de que viene aquél adornado,—de ser desde muchos años uno de mis más íntimos y estimados amigos; con esa amistad que, teniendo por fundamento la más absoluta identidad de creencias religiosas, en tan dulce y apretado lazo une las voluntades y con ellas y por ellas los corazones; amistad que han venido á fortalecer y estrechar más y más de cada día las poderosísimas simpatías que engendra la igualdad, ó cuando menos, honda semejanza de aficiones científico-filosóficas, en él y en mí casi al propio tiempo nacidas; el haber penetrado también casi simultáneamente y con idéntico objeto, ó sea el de defender

los relatos genesíacos de los ataques de la falsa ciencia, en terrenos donde eran aun pocos los que en aquellos días osaban poner su planta, sin echar de ver que el temor, respetuoso sin duda, que les retraía de descender á ellos, era una ofensa á la verdad revelada; y el haber más adelante combatido juntos en batallas, por ventura con ventajas y para bien de ambos campos terminadas, si con igual fe, con aptitudes y armas desiguales: él como atleta animoso y bien pertrechado de las de mejor temple; yo como soldado bisoño y con fuerzas mucho más limitadas; él con inquebrantable ardor y constancia, que crecían cuanto más enconados y numerosos eran los golpes que recibía en su reputación de hombre de ciencia y hasta en su honra de sacerdote; yo no siempre con idénticos bríos, y mucho menos que él herido y lastimado en mi pobre renombre de escritor, y en mi condición de católico. Ved, pues, si tengo motivos para congratularme, á par que para mostrarme por demás agradecido por haberme elegido para ser intérprete de vuestros sentimientos respecto del nuevo compañero á quien, con tanto regocijo vuestro, como provecho de nuestra Academia y honra suya, abris hoy de par en par sus puertas: dándome con ello ocasión de que en breves palabras, y por modo que no ofenda su modestia, cumpla con el gratisimo deber que el reglamento me impone, de recordaros sus merecimientos, por los cuales le considerasteis digno de elevarlo de la condición de académico supernumerario á la más estimada y honrosa de académico de número; y de llamar, siquiera sea muy de paso, vuestra atención, para que, tomando pie del elocuente trabajo que acaba de leernos, donde tan gallarda muestra ha podido darnos de su vaste saber é intuición penetrante para ahondar en las misteriosas oscuridades de los tiempos pasados, y de su afición á los estudios arqueológicos, le señaléis honroso puesto entre los doctísimos varones que, contribuyendo con sus luces á los fines de nuestra Academia, y alzando la fama de ésta al nivel de las más nombradas de dentro y fuera de España, pusieron

antes y ponen ahora su preclaro ingenio al servicio de las disciplinas históricas, dando preferente cultivo á la que es una de las más importantes y provechosas ramas de las mismas, ó sea á la arqueología.

Triste condición es, Señores, y ley no tan sólo de los reglamentos ó de la costumbre, sí que también del hado, — si es que pueda sonar este vocablo en labios cristianos, — que tengan que iracompañadas de fúnebres memorias estas solemnes festividades literarias; ya que tenemos que levantar el negro crespón que cubre la silla que dejó vacante el compañero que para siempre perdimos, para que tome en ella asiento aquél á quien saludamos por vez primera con aquel bello dictado; y ya que tiene éste, á la vez que ofrecer el testimonio que acredite que es en realidad digno de ocupar aquel puesto, consagrar un cariñoso á par que triste recuerdo al que fué su inmediato predecesor en él. Con muy sentidas palabras acaba de cumplir este deber, renovando en el corazón de todos el dolor que nos causó aquella pérdida. Permitidme que en nombre vuestro exprese también el sentimiento que en este instante nos embarga, que no dudo ha de ser mayor cuando sepáis que le perdimos cuando estaba preparando, para ofrecerlo á esta Academia, un trabajo que, al mismo tiempo que para honra de ésta y suya, hubiera servido para esclarecer una página de la historia de los últimos de nuestros condes-reyes. Y este trabajo, Señores, que destinaba para ser leído en algunas de nuestras sesiones, y que la enfermedad que, minando lentamente su existencia, le llevó al sepulcro, le impidió dejar terminado, debía ser la descripción histórica, sobre multitud de documentos diplomáticos, casi todos inéditos, cimentada, del antiguo palacio de Bellesguart, cuyo emplazamiento nos sería hoy apenas conocido si no nos dieran tristísimo pero evidente testimonio que existió allí la regia morada, á la cual, por lo bien escogido del sitio y lo hermoso de las perspectivas que por todas partes la rodeaban, cuadrábale perfectamente aquel poético calificativo, los escasos y mutilados restos que yacen dis-

persos en una de las laderas de las pintorescas montañas que cierran por tramontana el que es todavía llano, pero que será dentro de breves años la nueva Barcelona.

Por suerte, estimados compañeros, si el que perdimos no pudo dejar escrita aquella página de nuestra historia antes de su partida á donde es de creer que, por premio de sus virtudes, habrá alcanzado coronas infinitamente de más precio y duración que los lauros que aquél y otros trabajos suyos hubieran podido aquí grangearle, el nuevo socio á quien abrimos en este día las puertas de la Academia, nos da, no ya sólo esperanzas, sino seguridad completa de que su venida á ella nos hará menos sensible el dolor del recuerdo del que perdimos: puesto que, además de que llega precedido de una fama que se levanta, no sobre la gárrula gritería de escritores hueros que se dedican á crear reputaciones para á su sombra, por vana que sea, forjarse ellos una, sino de la que se irgüe sobre macizos cimientos, ó sea sobre sazonados y abundantísimos frutos, productos de un ingenio claro, de una mente poderosa, de verdadero y hondo saber, de una erudición extensa y variada, y de una laboriosidad incansable: dotes todas en él reconocidas y confesadas por cuantos nos honramos con su amistad y su afecto, y de las cuales es testimonio cierto y segura prenda el discurso con que acaba de cautivar vuestra atención durante algunos instantes, que sin duda alguna se os habrán hecho cortos; discurso por quien nos da además anticipada muestra, caso que no nos lo hubiera demostrado antes por evidente manera su erudita y bien razonada Memoria sobre Olérdula,—que todos conocéis y á la cual hizo él mismo oportuna alusión hace un momento,—de que siendo los estudios de arqueología romana una de las ramas de los humanos conocimientos á que muestra especial amor, á ellos dedicará sin duda atención preferente,—acrecido aquel su amor por el estímulo de la honra que vais á conferirle,—al tomar una más activa parte en nuestras tareas académicas.

Os indicaba antes que, no sobre vano ruido de palabras y

mayor ó menor copia de interesados elogios, levantábase la fama de que entre las personas doctas goza el nuevo compañero, sino sobre numerosos y sólidos fundamentos, ya que por tales hemos de tener los abundantes y provechosísimos trabajos que han brotado hasta ahora de su fecundísima pluma. Si sólo á demostrároslo á vosotros, mis dignos consocios, se encaminara este mi pobre discurso, ni una palabra más añadiría á las escasas, pero para el caso bastantes, dedicadas á señalar las dotes intelectuales que le adornan. Mas como tal vez ni de todos los que aquí me escuchan, ni de los que lean acaso este trabajo sean conocidas las muchas obras que demuestran que más que por exageración pequé por sobriedad al enumerarlas, me habéis de permitir, como suplico al nuevo académico que igualmente me lo consienta, por más que al hacerlo tenga que hacer violencia á su modestia, que en pocos momentos,—que ya sé que lo serán para él de desasosiego é interno padecer,—y en breve síntesis y como agrupados en dos distintas series, os traiga de nuevo á la memoria sus trabajos de más bulto, ya que, y valga la comparación, bástale al jardinero, á fin de dar á conocer las riquezas y hermosura del vergel que cultiva, que entreteja unas pocas, pero bien escogidas flores, en el ramo con que se propone dar gallarda muestra de aquéllas.

Del docto escolapio, á quien hoy damos entrada en nuestra Academia, puede con razón decirse que, al ir á la conquista de nuevas ciencias, hasta de las que parecían más ajenas de sus estudios favoritos, y aun del hábito que viste, sobre todo para los que, necios ó preocupados, creen que la sotana clerical es librea de ignorancia, y para los que equivocadamente opinan que únicamente las disciplinas teológicas son terreno adecuado para ser por los que visten aquel traje cultivado, y que por lo tanto deben, siquiera por prudencia, no poner su planta en el agitado y peligroso campo de las demás ciencias, y en especial de las naturales; del docto escolapio, á quien vamos á conferir pronto la investidura de académico

de número, puédese, repito, afirmar con razón, que al marchar á la conquista de aquellas ciencias, lo hizo al parecer por tales atajos y por caminos tan llanos y con tan lisonjeros resultados, que en breve espacio se hizo dueño de sus más ocultos misterios.

¿Quién de vosotros no recuerda aquellas variadas é interesantísimas conferencias sobre los más profundos y trascendentales temas teológicos, político-sociales, filosóficos y científicos que, inauguradas en la parroquial iglesia de la Merced con público, ya desde el primer día numeroso, pero que fué al templo más que por el nombre del orador,—entonces aun de pocos conocido,—por la novedad y soberana importancia de los asuntos que en los respectivos programas se señalaban, de tal suerte y por tan rápida manera fué creciendo el concurso de nuevos oyentes, atraídos ya éstos por la fama de orador elocuentísimo y razonador docto y profundo que se conquistó desde las primeras conferencias, que fué preciso trasladarlas en los años sucesivos á templos de tanta capacidad como los de Nuestra Señora de Belén y Nuestra Señora del Pino, y que, sin embargo, fué pronto escasa para contener al escogido y numerosísimo auditorio que se agolpaba al pie de la cátedra sagrada, ansiosa de saber, y que se sentía á los pocos instantes como arrobada por los raudales de doctrina y por los torrentes de apasionada y arrebatadora elocuencia que el sabio orador sobre ellos con robusto y encendido acento derramaba?

Testigo yo de vista y admirador entusiasta de aquellas profundas conferencias, en quienes sobre los triunfos del docto sacerdote, ostentábanse gloriosos, con santo orgullo de los que nos envanecemos en llamarnos fervientes discípulos suyos, los de la ciencia católica, y por ende de la divina religión que profesamos, complázcome todavía hoy y paréceme como que se renuevan en mí los levantados y gratos sentimientos que entonces experimentaba en aquéllos, que me atrevería á apellidar solemnes certámenes científico-religiosos, y en los cuales su ilustre y animoso mantenedor, el eximio hijo de San

José de Calasanz, discurría, una vez, con hondo sentido filosófico y con profundo y cabal conocimiento de las más recónditas y con harta frecuencia oscuras doctrinas de las modernas escuelas alemanas, hoy más en boga, haciendo notar sus contradicciones, sus afirmaciones sobrevano y confuso ruido de palabras, de convencional significado las más de ellas, levantadas, y como resultado de unas y otras, la impiedad, de sus fundadores ó propagadores en unas; en otras su nebuloso panteísmo; en no pocas la más absoluta indiferencia así en filosofía, como en religión y en las ciencias morales; y en las más la negación absoluta, la duda más desconsoladora, ó el más grosero materialismo, formando todo ello abrumador contraste con la luz y la firmeza en el creer, y la solidez en el pensar, y el apacible sosiego de la mente, y la dulce tranquilidad del corazón, y en el como innato ó espontáneo amor á lo bueno, á lo verdadero y á lo bello que engendran los resplandores que, á manera de los de sol estival en día sereno, se derraman, penetrando hasta lo más recondito de nuestro ser, del luminoso Tabor de la Revelación: ó disertaba un día y otro día, en dos distintas series de conferencias, sobre el origen del hombre, con argumentos sacados la mayor parte de ellos de los que la ciencia anticristiana tiene aparejados, á modo de armas ofensivas, en su mejor provisto arsenal, cual los de mejor temple y alcance para combatir lo que acerca de aquel importantísimo asunto se afirma en el relato bíblico, dejando completamente demostrada la divina verdad de dicho relato; y como, en suma, y para no amontonar más ejemplos, razonaba, un año sobre el origen de las religiones; sobre el orden sobrenatural otro año, mostrándose al tratar de aquel primero y escabrosísimo sujeto, conocedor tan profundo de los secretos de la historia en las primeras lejanas y misteriosas edades de ella, como al ocuparse en el segundo, igualmente de difícilísimo desempeño, versadísimo en las disciplinas teológicas.

Y cual si la cátedra evangélica no fuera tribuna de acción bastante dilatada para que llegase más lejos el eco de sus pa-

labras, ya que desde ella no podía espaciarse aquél fuera de las paredes del templo, vésele acudir con frecuencia á la prensa y al libro de carácter popular, donde lo limpio y ameno del estilo, y la sencillez de la exposición, desnuda en cuanto fuese posible de todo aparato científico, se uniesen en fácil y amoroso abrazo con lo elevado del tema y lo hondo de la doctrina, para por medio de él poner al alcance de las inteligencias menos despiertas lo que la Biblia nos enseña sobre la *Universalidad del Diluvio* y *Los seis días de la creación*, que forman el asunto de dos de sus obras.

Hice pasajera alusión antes de ahora á recias batallas donde, con armas de muy distinto temple y con diferentes bríos, nos habíamos visto obligados á combatir mi docto compañero y estimado amigo y yo. Felizmente terminadas aquéllas,—y ojalá sea para no renovarse nunca más, dado que al fin y al cabo batallas fratricidas eran, y que con no poco daño de las conciencias se sostenían,—sería cosa ajena de este lugar y en mí impertinencia reprehensible recordarlas, si por lo que respecta á nuestro nuevo compañero no hubiesen sido ocasión de descender al candente terreno de la polémica y en especial de la periodística; y no por natural inclinación de su voluntad,—de suyo llevada al regalado sosiego de los tranquilos estudios científicos y á los puros goces de la vida del claustro,—sino obligado por el doble deber de católico y de sacerdote, que á su entender llamábale á emplear su entendimiento y su pluma en defensa de la verdadera doctrina de la Iglesia y de sus superiores jerárquicos; aquélla no siempre en toda su pureza reconocida ó explicada; éstos no siempre con la docilidad debida obedecidos, ni con el obligado respeto tratados por quienes jactábanse de ser los más fieles defensores de la primera, y de los segundos los más leales y sumisos servidores. De cuán atinada y discretamente supo cumplir aquel doble deber, interpretando y exponiendo aquella doctrina, sin desviarse un ápice de las divinas enseñanzas de su madre y maestra, y de los consejos ó preceptos de su Pastor supremo,

y del acierto y calor con que, ora salió á la defensa del sacerdocio católico contra las intrusiones y pretensiones exageradas de los que se creían llamados á compartir con él, si es que no aspiraban á usurpársela del todo, su doble misión de enseñar y dirigir á los fieles; ora arremetió contra otros linajes de errores, por desgracia hoy por demás divulgados, dan claro testimonio sus opúsculos, rotulado el uno: «¿Es pecado el liberalismo?» «El laicismo» el otro, y su obra titulada «El Espiritismo»; como de sus superiores dotes de hábil y animoso polemista y de su instrucción vastísima, profundo saber en las ciencias político-sociales, por evidéntísima manera lo ofrecen sus numerosos artículos dados á luz, ya bajo su propia rúbrica, ya bajo el transparente velo de ya conocidos pseudónimos, en la *Revista católica de la Habana*, en el titulado, *El criterio católico* que se publicaba, como sabéis, en esta ciudad,—y donde apenas hubo ningun número en el cual no apareciese algún escrito suyo,—y en multitud de periódicos de la corte y de otros puntos.

Y basta ya de ocuparme en lo que ha de ser causa de interior padecimiento en nuestro nuevo compañero, y motivo, respecto de vosotros, de retrasar el gusto de verle recibir la honrosa investidura que ha de darle derecho al título de académico de número y á ocupar el asiento que como á tal le corresponde.

Quien tan adentro había penetrado en el estudio de la antigüedad, hasta el punto de poner su planta más allá de los primeros y más borrosos linderos de los humanos anales: quien había descendido á los oscuros campos de la llamada hoy proto-historia, cuando no tan sólo no habían sido en España aun explorados, sino que su estudio era por algunos,—y yo os confieso que fui de ellos,—con recelo mirado, no porque no reconociese su utilidad para el conocimiento de las primitivas edades,—no

de todo el linaje humano, y si sólo de algunas familias ó tribus del mismo,—sino por el espíritu hostil con que se puso en frente del cristianismo apenas nacida á la vida, y cuando aun no daba un paso, siquiera se apoyase para ello en las dos ciencias auxiliares suyas, la geología y la paleontología, que no fuera en terreno falso ó deleznable: quien más tarde había pasado desde las investigaciones arqueológicas de aquellas edades remotísimas, á las de los tiempos más cercanos á nosotros, fijando principalmente su atención,—sin que desdeñara por eso las relativas á los pueblos que aparecen ya con más ó menos rudimentaria cultura en los albores de los históricos,—en las que al pueblo romano se refieren, como de ello había dado más de un testimonio en otros trabajos suyos sobre aquel linaje de investigaciones, natural era que al querer ofreceros anticipado testimonio, á la vez que de lo mucho que deseaba acabar de inclinar vuestra voluntad á que le consideraseis digno de la alta investidura que le vais á conferir, de cuánto desea contribuir hasta donde sus fuerzas alcancen á los fines de nuestro instituto,—que son en primer término el esclarecimiento y cultivo en todas sus ramas de los estudios históricos,—os dedicara, no cual flor que os mostrase, como dice el poeta, en esperanza el fruto cierto, sino como un hermoso ejemplo de lo que sabe producir su ingenio, y por medio del cual como que se adelantara á indicaros la índole, no única, sino principal, de los trabajos con que, encaminando su inteligencia y su querer á la prosecución de aquellos fines, se propone tomar parte en vuestras doctas y provechosísimas tareas.

¿No es verdad, señores Académicos, sobre todo los que hace más tiempo que os sentáis en esos tan honrados como codiciados sillones, que al escuchar la lectura de la eruditísima monografía de nuestro nuevo colega sobre un tema, objeto menos frecuente hoy de estudio,—ya que más que las corrientes que llevaban á nuestros predecesores al de las antigüedades paganas, nos arrastran á los que hoy vivimos, ó por ser menos

exploradas ó por ser de mayor interés para nosotros, al de las antigüedades medio-evaes,—os han venido, sin querer, á la memoria los nombres ilustres de aquellos nuestros venerables maestros en saberes históricos, de cuyos amores,—ya de tales pueden calificarse,—á las investigaciones de arqueología romana, son imperecederos testimonios varios de los trabajos que avaloran alguno de los tomos de nuestras Memorias; no pocos que aguardan aún una mano amiga y escudriñadora que los saque á pública luz de entre los legajos de manuscritos que encierra nuestro archivo; y sobre todo nuestro ya abundantísimo museo creado y enriquecido á fuerza de trabajos y desvelos,—no pocas veces hasta de sacrificios pecuniarios,—por varios de aquellos doctos y entusiastas varones, de quienes, sin embargo, nuestros hijos llegarían acaso á ignorar los nombres y los títulos de sus escritos, y sus grandes servicios á la ciencia, y lo que contribuyeron á dar alto renombre dentro y fuera de España á nuestra Academia, si los que fuimos sus discípulos primero, más tarde sus compañeros dentro y amigos suyos fuera de su recinto, no aprovechásemos,—cual en este momento me creo en el deber y me complazco en aprovechar la con que me brinda el discurso que acabamos de escuchar,—las ocasiones todas de recordarlos? Sí, señores Académicos, deber es de todos el hacerlo, pero que en mí el no cumplirlo podría dar motivo á que se me acusara de olvidadizo é ingrato, ya que además de ser realmente discípulo de algunos de ellos y de deber á la extremada benevolencia de muchos de los que he de nombrar el título de Académico con que me honro, soy casi el único sobreviviente de los que fuimos coetáneos de aquella ya extinguida generación; de aquellos varones preclaros que, con ser dignos casi todos ellos de este honroso calificativo, ponían por cima de todas las virtudes la de la modestia, y en tanta estima tenían el pertenecer á nuestra Corporación,—dicho sea en honra suya,— que algunos de ellos, de noble alcurnia, más por ventura que de sus blasones, gloriábanse

en hacer alarde de poder ostentar el diploma de socios de la misma. Permitidme, pues, que en brevísimo resumen, ya que para más no da espacio la índole de este trabajo, traiga á vuestra memoria los apellidos de los más distinguidos de nuestros predecesores que con más amor y celo se dedicaron al cultivo de la Arqueología romana; con lo cual á par que cumpla con aquél para mí á la vez que triste, casi sagrado deber, evoque recuerdos á vuestro corazón gratisimos; y que, constituyendo una parte,—y no la menos digna de que fijéis en ella vuestra atención,—de la historia de este Cuerpo literario, sirva para demostraros que le viene á éste como de abolengo dedicarse varios de sus socios á aquella rama importantísima de las ciencias históricas; y que con el discurso que acaba de leernos, nuestro nuevo colega ha puesto el último eslabón, por ahora, á la áurea cadena de trabajos de su índole, que, enlazándose con los que sobre Olérdula escribió nuestro nunca bastante llorado amigo Milá,—por no mentar más que trabajos de nuestros consocios muertos,—viene á perderse en los de los fundadores de nuestra Academia.

Mas porque presumo que no habéis de tomarlo á mal, ni menos considerarlo como una digresión, si no impertinente, poco oportuna, permitidme también que me tome la libertad de dedicar antes un recuerdo al que fué acaso el iniciador de la Arqueología geográfica en España, y sin duda alguna el primero que en Cataluña se arrojó á escribir sobre ella, ó sea al doctísimo teólogo y patricio animoso Fr. Gaspar Sala, monje agustino, autor de la *Proclamación católica* y del famosísimo panegírico con que, bajo el expresivo título de, *Llágrimes catalanes al enterro y fúnebres exequies del Illre. Diputat eclesiástich de Catalunya Pere Claris*, lloró la irreparable pérdida de este eminente patricio. El cual escritor en su obra, desgraciadamente perdida para aquella ciencia, que apellidó, *Armonía geográfica Hispaniæ*, esforzabase, según parece, en conciliar los opuestos dictámenes sobre este sujeto de los cuatro príncipes de la geografía antigua, Mella, Estrabón, To-

lomeo y Plinio; obra que precedió por ventura de un siglo á la que con el modestísimo título de, *Disertación sobre la antigua y nueva población de España*, y que más que disertación es una muy extensa monografía sobre este asunto, escribió el docto polígrafo D. Jaime Caresmar, monje premostratense, y uno de los primeros socios de nuestra Academia, y de la cual puedo afirmar que yacía olvidada, pero no que exista aún en el hoy asendereado y de cada día menos atendido rico archivo que fué de la Casa Lonja; y obra en fin que, de más que de aquél dilatado espacio de tiempo, se adelantó á los trabajos de la misma índole del eximio historiador y renombrado jurisconsulto Finestres, de quien se honraba en llamarse discípulo suyo, con ser uno de nuestros más eminentes publicistas y maestro peritísimo en la ciencia del derecho, el Dr. D. Raimundo Lázaro Dou; primer recolector aquél, que yo sepa, de las inscripciones romanas que en su tiempo existían y habían existido antes en Cataluña; como docto anticuario que era también este último, continuador primero y pocos años después vindicador discreto y cortés del famoso *Sylloge* de su amigo contra las acusaciones, si justas algunas veces, las más de ellas sobrado apasionadas, del P. Maestro Flórez.

Que sin solución de continuidad,—ya que realmente no la hubo respecto de los estudios de Arqueología pagana y por éstos de la geografía hispano-romana en nuestra Academia,—se puede pasar desde aquellos nuestros primeros predecesores en el cultivo de esas dos ramas de las ciencias históricas hasta los más próximos á nuestros tiempos, bastaría tan sólo para demostrarlo, si no temiese hacer agravio á vuestro saber, ya que os son no tan sólo conocidos sino hasta familiares, recordaros los nombres y la erudición vastísima en toda clase de disciplinas profanas y sagradas, y en especial en las históricas, de aquella brillante pléyade de doctísimos y discretos varones, monjes ó eclesiásticos casi todos, á quienes por su laboriosidad inteligente, por su encendido celo y por sus felices resultados en sus investigaciones diplomá-

ticas para esclarecer los más recónditos arcanos de nuestros patrios anales civiles y eclesiásticos, se les puede con justicia considerar como émulos de los famosos benedictinos de la congregación de San Mauro, por más que á algunos de ellos les privase su excesiva modestia de serlo también de sus glorias. Pléyade brillante, en efecto, bajo todos conceptos, honra y prez de nuestras patrias letras, que, empezando en Pujadas, á quien si se me permitiera emplear un galicismo en el día harto usado, apellidaría el iniciador en nuestro suelo, á principios del siglo xvii, de los altos estudios históricos, que continuados en la pasada centuria por el llamado triunvirato avellanense del ya citado Caresmar, Pascual y Puig, y por ventura comprometidos, como observó nuestro difunto compañero Milá, por el célebre jesuita Masdeu con su exagerado espíritu crítico; por Campmany elevados á la esfera de grande historia; y dentro ya de nuestro siglo, también con modestia excesiva y pacientísima constancia y erudición vastísima proseguidos por el monje D. Roque de Olzinellas y el canónigo D. Jaime Ripoll, y de cuyos estudios son digno coronamiento «Los Condes de Barcelona» vindicados, del inolvidable D. Próspero Bofarull: escritores doctísimos todos, quienes, unos más otros menos, dejaron evidentes testimonios de que no les eran extraños, sino que antes bien, al igual que para el de las demás ramas del humano saber, hallabanse del todo aparejados para el cultivo de la Arqueología pagana. Yo bien sé, y lo sabéis también perfectamente vosotros, que no todos los nombres que pudiera citaros figuran entre los de nuestros antecesores en la Academia; ¿pero quién duda que más que ellos de no verse honrados con el título de socios de la misma, hubo de dolerse ésta de que la vida monástica que habían abrazado, respecto de unos, lo apartado de su residencia de esta capital, respecto de otros, la privasen de la satisfacción que hubiese tenido de poder brindarles con algunos de sus asientos, para que mejor y por más directo modo hubiesen podido auxiliarla en sus trabajos literarios?

Por circunstancias que todos conocéis, si de recordación triste para nuestra Corporación, nada honrosas para nuestros gobiernos, quienes á par que mostrábanse generosos y no pocas veces hasta pródigos con las Reales Academias de la Corte,—de todas las cuales sólo una, la Española es de unos pocos años más antigua que la nuestra,—dejaban á ésta en el mayor desamparo, negándole toda clase de recursos; por circunstancias, repito, que no debo ni quiero en tan solemne acto recordar, hubo de transcurrir más de un siglo, ó sea desde 1756 en que vió la luz pública el tomo primero de nuestras Memorias,—preciosísimo monumento literario, objeto de admiración para cuantos á fondo lo conocen, en el cual hubieron de poner su ingenio y su mano, ninguno de ellos su nombre, no pocos de los ilustres fundadores de aquélla,—hasta 1868 en que se entregó á la estampa el tomo segundo, sin que diese, ni pudiese dar más que ligeras muestras públicas,—no señales ostentosas,—de que cultivaba, no tan sólo para ella, si que también para el público, aquella especialidad tan adecuada á los fines para que había sido instituída. En aquella ocasión creyó la Academia que era para la misma negocio de honra, á par que de justicia, procurar, dentro de los límites de lo posible, que aquel segundo tomo fuese una como continuación del primero. Y así se hizo, poniendo al frente del mismo bajo la rúbrica de, *Observaciones sobre los principios elementales de la historia*, y con la numeración de Capítulo 3.º, uno de los trabajos que, para formar parte de otro volumen, los ilustrados redactores de aquél dejaron escrito. Con ese antiguo trabajo, y sacándolo igualmente del olvido en que yacía, dióse á luz otro, que entra de lleno en la índole de los en que en este momento nos ocupamos, es á saber, una *Disertación*, tal es su rótulo, *leída en 23 de diciembre de 1795, en que se demuestra la verdadera situación y extensión del país que ocupaban antiguamente en Cataluña los pueblos conocidos en la historia nacional con el nombre de Ilercavones*, obra del Dr. D. Francisco Pinós. Como justo, aunque también tar-

dió homenaje á su difunto autor, D. Joaquin Alberto Moner de Bardaxí, publicóse igualmente en el citado tomo la abundante colección de inscripciones romanas—diez y nueve de ellas,—con noticia del puesto dónde se habían encontrado y de los historiadores que se ocuparon en las mismas, que formaba el apéndice de una Memoria sobre Isona, que había sido leída en la sesión de 30 de abril de 1806, y que la Academia creyó oportuno no entregar la estampa, á fin de dar lugar en el citado tomo á una eruditísima monografía que sobre el mismo sujeto, ó sea sobre que la *moderna Isona, en el partido judicial de Tremp, es la misma población y ocupa el lugar donde se levantaba la llamada por los romanos Aesona*, que en 15 de enero de 1839 leyó ante la Academia D. Ramón Roig y Rey. A este trabajo del que fué uno de los más doctos y queridos catedráticos de nuestra Universidad literaria en los primeros años de su instalación en esta ciudad, y cuyo recuerdo durará cuanto dure nuestra vida en la memoria de los que fuimos sus discípulos, había precedido otro sobre la *Situación de Cartago Vetus y Subur*, riquísimo en datos y en atinadas observaciones críticas, escrito por el erudito y laborioso historiógrafo, D. Miguel de Mayora,—respecto del cual aumentó en mí con los años la veneración que á su saber había profesado desde mi infancia—y que había leído el 8 de junio de 1837. De épocas más cercanas á nosotros hállanse continuados en el mismo tomo, uno de los más notables sin duda por la variedad de sus materias y por los nombres de sus autores, otras dos Memorias que no podemos pasar por alto por la mayor ó menor conexión que tienen con la Arqueología romana, es á saber, el titulado, *Discurso sobre el lugar que ocupaba junto á Lérida el campamento de César cuando vino á combatir á Petreyo y Afranio, generales de Pompeyo*, leído por su autor, el Dr. D. Jacinto Díaz, Pbro., el 19 de noviembre de 1856, y los llamados por su autor, el Sr. Milá, con sobrada modestia, *Apuntes históricos sobre Olérdula*, y que lo fueron en diciembre de 1855; monografía que todos

conocéis y tenéis en la alta estima que merece, y que fué ampliada por su mismo autor con otro trabajo, en la parte titulada, *Olérdula moderna*, enriquecido con nuevos y peregrinos datos algunos años más tarde.

No tendría sin embargo de que ufanarse nuestra Academia,—fuerza es confesarlo,—de los laureles por ella cosechados en el campo de las investigaciones arqueológico-paganas, si tan sólo pudiera ceñir su frente con los que le fueron ganados por las escasas Memorias, por más que sean de subido valor, que han visto la pública luz en el volumen de ellas tantas veces citado.

Pero no tan sólo en los de sus Memorias, por más que,—¿por qué no decirlo?—deberían ser ellas la más levantada y valiosa expresión y el más soberano alarde de la vida intelectual de nuestra querida institución, á la par que estímulo poderoso para que los enriquecieran todos los años sus doctos individuos con nuevos trabajos; no es tan sólo en los volúmenes de sus Memorias donde deben buscarse los más valiosos testimonios de la vida literaria de nuestra Academia respecto del sujeto que nos ocupa, sobre todo en el segundo tercio de la actual centuria. Hállanse dichos testimonios, según hace un momento os decía, acaso la mayor parte de ellos poco menos que ignorados y por la ciencia casi del todo perdidos, entre los legajos de manuscritos que estérilmente, aunque en número no escaso, enriquecen nuestro archivo-biblioteca; y en los libros de nuestras actas, principalmente en los tiempos de grato recuerdo para algunos de nosotros,—pocos ya por desgracia,—en que estaba formándose, y de día en día enriqueciéndose con nuevos objetos arqueológicos nuestro museo.

Gracias á nuestro erudito y laborioso compañero, el académico electo D. Antonio Elías de Molíns, quien llevado de su noble y laudabilísimo deseo de acumular los más peregrinos datos á fin de dar más valor é interés á las biografías de nuestros más eximios escritores catalanes que fueron indi-

viduos de nuestra Academia, en su Diccionario bio-bibliográfico que está dando á luz, y para el cual más que nadie ha ahondado en el estudio de nuestro archivo, y en el examen de nuestras actas; gracias, repito, á él y á dicho Diccionario puedo hoy revelaros la existencia en aquél de dos escritos de Don Andrés Avelino Pi y Arimón; ó sea una *Colección de lápidas romanas* existentes en esta ciudad, depuradas de las inexactitudes que se encuentran en las colecciones de Masdeu, Finestres y otros; y una *Memoria sobre la inscripción romana esculpida en mármol que se halla empotrada en la esquina de la calle de Arlet*; y de cinco trabajos ó Memorias del que fué, y á quien sin ofensa de nadie se le pudo honrar con el dictado de el más laborioso de los académicos de su tiempo, el docto D. Antonio Llobet y Vall-llosera, y rotulados, el primero en orden de antigüedad, pues lleva la fecha de 20 de enero de 1837, *Observaciones sobre una lápida de la calle de los Baños*, que fué cedida á la Academia por su propietario el Sr. Sans; la segunda, leída en 1.º de diciembre del mismo año, que lleva la rúbrica de: *Explicación de dos inscripciones romanas encontradas en los restos de las antiguas murallas de Barcelona al derribar una casa de la calle de los Baños de la misma ciudad*; de *Memoria*, la tercera, *sobre las inscripciones de las ciudades celtibero-romanas de la antigua Carpetania*, que leyó en la sesión del 25 de febrero de 1840; la cuarta, titulada, *Memoria sobre una inscripción romana hallada en las inmediaciones de Caldas de Montbuy*, de la cual también dió lectura en la misma sesión; y por último, la que tituló modestamente, *Indicaciones sobre las antiguas murallas de Barcelona*, con que ocupó agradablemente la atención de sus compañeros de Academia en la noche del 8 de mayo de 1849.

Y sin embargo tengo fundados motivos para creer que ni en las sesiones de ésta se leyeron todos los trabajos, ni se guardan en nuestro Archivo las copias todas de los con que ilustraron la Arqueología romana algunos de los que fueron por

aquellos días queridos consocios nuestros. De D. Miguel de Mayora, pongo por caso, me atrevería casi á afirmar que escribió una monografía, de la cual hube de copiar á petición suya una buena parte, y en la que se ocupaba, si la memoria no me es infiel, pues han transcurrido desde entonces más de cincuenta años, del *Itinerario de Antonino*. De una *Monografía* escrita por el Sr. Llobet,—y valga por otro ejemplo,— *sobre la estatua de la fecundidad*, que es uno de los objetos de más precio de nuestro Museo, no queda más memoria que el extracto que se lee en uno de los números del mes de marzo de 1849 del *Diario* de esta ciudad.

¿Pero á qué amontonar datos y noticias más ó menos recónditas para daros siquiera una ligera muestra del mucho amor y no menor provecho con que fueron cultivados con asiduidad, y por tradición no interrumpida, por nuestra Academia los estudios arqueológicos, en lo que á las antigüedades romanas se refiere, cuando nos da de ello expresivo y brillante testimonio, y superior si cabe á los hasta ahora aducidos, la formación y sucesivo y rápido crecimiento,—sobre todo en los tiempos á que antes me refería,—de nuestro Museo, quien en especial en la parte de escultura y geografía romanas, forma hoy la parte más rica é interesante del ahora titulado, Museo provincial de Barcelona?

Si no fuera por la necesidad de abreviar esta parte, que acaso encontréis ya demasiado extensa de este mi pobre trabajo, y aun más que por esto, por temor de que la tomaseis por exagerada,—como efecto que por ventura supondréis ser de esa tendencia, tan común en los que peinamos canas, de poner muy por cima de las personas y de los hechos de los tiempos actuales los hechos de que fuimos testigos y las personas á quienes conocimos ó tratamos en nuestros años juveniles, tan ricos en ilusiones, como ajenos de desengaños,—os confieso que con gusto me detendría en la descripción de aquellas ya lejanas sesiones, á que asistí con puntual asiduidad desde febrero de 1844, en que me honró esta Academia dándome

inmerecido asiento entre sus individuos, hasta fines de 1846 en que salí para Madrid para tomar parte en las oposiciones á una de las cátedras á la sazón vacantes de Literatura general y Española; sesiones, en las cuales, si por falta de asunto de mayor interés, algunas veces ocupaba el teniente coronel D. Antonio Puig—entonces ya anciano—la atención de sus colegas con la lectura de los largos cantos de su poema heroico, *La Baleárica*,—de la cual, sin ser profeta, era fácil presagiar que no había de pasar á la posteridad,—con muchísima frecuencia deleitábanse nuestras inteligencias y acalorábase la fantasía con las entusiastas relaciones con que daban cuenta de sus felices hallazgos de objetos antiguos, paganos ó cristianos, y de la traslación de los mismos á nuestro entonces naciente Museo, algunos de nuestros consocios, en especial los Sres. Bofarull (D. Próspero), Cortada, Llobet, Pi y Arimón, y más adelante los Sres. Manjarrés y Bofarull (D. Antonio); siempre atentos y diligentes en acudir á los puntos donde sabían ó presumían que podía descubrirse alguno de aquéllos: relaciones que, comunicando calor y vida á las sesiones donde de tales hallazgos se daba cuenta, hacían que participasen de ella hasta aquellos eximios y respetables varones, entonces más que en los tiempos posteriores numerosos, que por su edad ó por lo encumbrado de sus dignidades, daban á nuestra Academia el carácter severo y la respetabilidad de un areópago.

Por fortuna lo que yo hubiera podido deciros, con riesgo de que se me tuviese por admirador exagerado de aquellos tiempos, y apasionado narrador de los sucesos académicos en aquellos lejanos días, lo ha escrito, con frases llenas de calor, nuestro compañero y amigo, el citado señor Elías de Molíns en la breve reseña histórica que precede á su *Catálogo del Museo provincial de Barcelona*. Después de dejar consignado en honra de nuestro ilustre Cuerpo literario, que fué el primero que trató de formar un Museo de antigüedades, adelantándose en nueve años la fundación del

nuestro á la del arqueológico de Tarragona, escribe las siguientes líneas:

«Al leer las actas de la Academia de Buenas Letras se viene en conocimiento del celo y entusiasmo de sus individuos en fomentar el Museo y darle toda la importancia que por su trascendencia merecía, debiendo ser citados en primer lugar D. Próspero de Bofarull, D. José Antonio Llobet y Vall-llosera, D. Andrés Avelino Pi y Arimón y D. Antonio de Bofarull, que con frecuencia ocupaban la atención de sus consocios, dando cuenta de nuevas adquisiciones y explicando la procedencia é importancia de las mismas, acompañadas de observaciones propias y bien meditadas. Con tales antecedentes se comprende como en poco tiempo pudo reunir la Academia de Buenas Letras la notable y curiosa colección de objetos arqueológicos que hoy posee, á pesar de las contrariedades que en no lejana fecha tuvo que vencer, y haber estado casi abandonados en los claustro del convento de San Juan, sin persona que los custodiara y atendiera convenientemente á su conservación.» Prudentemente calla el actual Jefe de nuestro Museo provincial las causas de aquel abandono; y puesto que os son conocidas á la mayor parte de vosotros, no seré yo quien renueve su recuerdo, siquiera sea para sincerar á nuestra Academia de los cargos que por el mismo pudieran dirigírsele, por no renovar las heridas de amor propio que en nuestra dignidad de académicos se nos hicieron, á los que en aquellas calendas lo éramos, y para evitar que de nuevo, como españoles, se nos suban los colores de la vergüenza á la frente, al traer á la memoria un hecho que, á prevalecer el con razón apasionado dictamen del elemento joven de la Sociedad de los Amigos del País y de nuestra Corporación sobre el más templado razonar de los socios más ancianos de uno y otro respetable cuerpo, hubiera podido motivar la disolución de entrambos y de la muerte de nuestro Museo.

En los trabajos de varios de nuestros compañeros de Aca-

demia, así de número como correspondientes, referentes á la Arqueología pagana, que, ora en forma de monografías ó estudios sueltos, ora formando parte de obras históricas de carácter general unas, de asunto particular las más, han visto la pública luz en los últimos años, y por quienes por evidente manera se demuestra que ni siquiera por breves momentos se ha roto, antes por el contrario, se ha reforzado con nuevos y robustos eslabones la dorada cadena de nuestros estudios sobre aquella importantísima rama de los conocimientos históricos, no he de ocuparme, según dejé apuntado hace poco, ya porque os son todos ellos perfectamente conocidos, ya por no exponerme á lamentables omisiones, si intentara, siquiera fuese en brevísimo resumen, hacer mención de los más señalados y dignos de loa, las cuales,—no por ser en mí involuntarias,—dejarían de lastimar menos el amor propio de los que se creyesen injustamente preteridos. Permítaseme, pues, que me limite á consagrarles este sencillo recuerdo, y á felicitar en nombre de la Academia á todos los autores de dichos trabajos.

Congratúlese pues ésta y á par de ella congratúlese el nuevo socio; aquélla de que adquieran un auxiliar más, y auxiliar de gran valía por el vigor de su inteligencia y por su vasto saber y laboriosidad incansable, los que en el seno de la misma, no de tal suerte tienen puesta su atención en otro linaje de estudios, que no les sean también familiares los que á la Arqueología histórica se refieren; nuestro nuevo compañero porque, gracias á la feliz elección del tema por él tratado, y por su acertado desenvolvimiento se ha puesto en condición de ocupar honroso lugar en el catálogo de los eximios varones, cuya memoria he evocado, y en cuyas obras podría hallar, si tuviese necesidad de ellos, acabados modelos y estímulos poderosos para no cejar en sus investigaciones arqueológicas.

Y viniendo ahora á su discurso encaminado á demostrar la verdad de la tesis objeto del mismo, es á saber que, más

que por las afirmaciones con harta frecuencia confusas; las más veces contradictorias de los escritores antiguos y modernos que se han ocupado en geografía histórica, siquiera entre los primeros se cuenten quienes lleven los respetables y conocidos nombres de Tolomeo, Pomponio Mela, Estrabón, Plinio, ó sean de tanta autoridad como el anónimo autor del *Itinerario de Antonino*; y entre los segundos los de Finestres, Dou, Masdeu, Cortés y otros; y más también que por las tradiciones, ni siempre en toda su pureza conservadas, ni libres siempre de la herrumbre que en ellas deja el paso de los siglos y de las generaciones, que aun subsisten acerca del nombre con que fueron en la antigüedad conocidas y el sitio que ocuparon muchas de las poblaciones que recuerdan la dilatada dominación de Roma en nuestro suelo, demuéstrase unas veces ó se adivina otras su verdadero y primitivo nombre, y sobre todo su ubicación, sirviéndome del vocablo usado por el nuevo académico, por la Arqueología, y en especial por la llamada por el mismo Arqueología viaria.

¿Ni qué extraño que ponga esa rama de los conocimientos históricos, aun considerándolos en sí mismos, por cima de otras ramas de dichos conocimientos, para por medio de ellos llegar, como por más breve y desembarazado camino, á la resolución de los datos ó problemas, verdaderos arcanos con frecuencia, en que se tropieza á cada paso por poco que se quiere ahondar en el difícilísimo estudio de la geografía histórica, quien, como nuestro docto compañero, ha tenido la suerte, que han de envidiarle quizás no pocos de los que á ese linaje de investigaciones se dedican, de poder fijar, gracias á aquella su rama predilecta de los estudios arqueológicos, el punto preciso donde se levantaba en Cataluña la población romana de *Stabulum novum*, de quien tan sólo vagamente se sabía que debía estar edificada sobre la antigua vía militar romana, que formaba parte del itinerario de Narbona á León; y quien cree haber podido señalar con idéntica exactitud que la de aquélla, la de los pueblos de Tollous y de Mendiculeya,

no ya tan sólo por el hallazgo de algunos restos de objetos, sin género alguno de duda, de origen romano, sino por el feliz descubrimiento,—del cual no sin razón muéstrase satisfecho,—de un considerable trozo de vía romana, por espacio de algunos kilómetros en perfecto estado de conservación; algo borrosamente trazada, por decirlo así, en algunos puntos, ó sea en la llamada llanura de la Litera, en el Bajo Aragón, y en el trayecto que media desde Lérida á Huesca? De ese trozo de vía asegura nuestro sabio compañero que formaba parte de los Itinerarios I y xxxii de Antonino, suponiendo,—y éste es un nuevo dato que le deberá nuestra geografía hispano-romana,—que en aquel trayecto hubieron de reunirse las dos importantísimas vías militares, cuyo trazado nos dan los dos mencionados itinerarios, es á saber, el conocido por el título de *Iter Narbonæ Legio VII Gemina*, en el cual, según discretamente advierte nuestro nuevo consocio, se leen los nombres de *Stabulum novum* y de *Tollous*, pero ninguno del cual puede ni remotamente conjeturarse que se refiera al susodicho pueblo de Mendiculeya, y el que partiendo de Astorga iba á terminar en Tarragona, y en quien no se halla escrito ninguno de los nombres de las dos poblaciones más arriba mencionadas.

No seré yo, señores Académicos, muy poco familiarizado en esa clase de estudios, quien se atreva á concebir siquiera la sospecha de que, llevado del legítimo entusiasmo que han debido despertar en él aquellos dos descubrimientos, haya dado por ventura exagerada preferencia á los datos que para fijar la situación, y averiguar los nombres que en la antigüedad llevaron algunos pueblos de quienes, ó apenas hace mención la historia, ó han dejado en ésta ligero recuerdo, suministra la Arqueología, y en especial la viaria, sobre los que proporcionan las demás ciencias auxiliares de aquélla; mas sí puedo afirmaros que si tal sospecha hubiese pasado por mi mente, hubiera quedado disipada apenas nacida ante las pruebas de hecho, y ante aquel su razonar vigoroso y apretado, si vale

decirlo así, con que se hace nuestro nuevo compañero dueño, y la arrastra en pos de la suya, de la convicción de sus oyentes, y que siendo cual el sello característico de todos sus escritos, muéstrase en todo su vigor, como habréis notado, en el que acaba de leernos.

En su apartado final, sintetizando en breves palabras el que me atrevería á llamar su programa de crítica histórica respecto del especial sujeto de su discurso, formula, según recordaréis, las siguientes proposiciones: El estudio comparativo de los geógrafos é historiadores antiguos es por sí solo insuficiente para determinar la ubicación de las poblaciones catalano-romanas que han desaparecido de nuestro suelo. Cuando en una región determinada colocan los clásicos una población romana y existe en la misma región un pueblo que lleva el mismo nombre,—bien que algo modificado,—que llevó la población romana, debemos admitir que ésta ha sobrevivido en la que hoy se honra con su nombre. Esta fuerte presunción se convierte en certeza cuando la sinonimia se halla corroborada por una tradición constante oral ó escrita. En suma, cuando faltan la sinonimia, y la tradición y la historia para interpretar á los clásicos, es guía segurísima la Arqueología, de la cual y sólo de la cual podemos esperar la búsqueda y no hallada correspondencia de muchísimas ciudades ó poblaciones catalano-romanas, que permanecían ignotas é inciertas hasta que la Arqueología, y sobre todo la Arqueología viaria, fijó su situación geográfica.

Escasos son, os lo confieso, los trabajos de la índole del que acaba de embargar vuestra atención, en que he apacentado yo la mía; ya que, como os decía un momento hace, no ha sido la Arqueología, y menos la griega y la romana, la rama de las disciplinas históricas que con más cariño he cultivado. Sin embargo, en ninguno de los que he leído he visto consignadas con más claridad y en menos palabras, ni en más breve espacio y con más discreción condensadas, las reglas que para el esclarecimiento de la verdad, ó para llegar por senda más

fácil al hallazgo de ella, en medio de las dudas y oscuridades en que anda las más veces nuestra mente envuelta y como perdida, ha ideado la crítica histórica, como acabamos de verlas expuestas en las brevísimas líneas copiadas del discurso de nuestro nuevo compañero, que acabo de recordaros.

Y sin embargo, ni en la claridad y laconismo con que están las reglas susodichas condensadas; ni el feliz acierto con que se hallan agrupadas, con ser todas esas condiciones de tan subido valor para poder aportar á la historia, no ya tan sólo más ó menos bien fundadas conjeturas, sino documentos y hechos ciertos sobre quienes, cual en robusto fundamento, apoyar aquélla sus afirmaciones, está, á mi ver, el mérito y la importancia de aquellas reglas. Está principalmente, á mi pobre entender, en que, formuladas todas ellas *á posteriori*, y deducidas de premisas poco menos que matemáticamente demostradas, tienen, ora se las considere separadas, ora en su ordenado y robusto conjunto, el valor de verdaderos axiomas científicos. Y es que, como á quien, como vulgarmente se dice, no le duelen prendas, porque las tiene de sobras, ha querido que no en uno ó dos solos hechos cada una de las reglas mencionadas se fundase, sino en tanta muchedumbre de ellos, como acabáis de ver, que llega uno á creer que, sin embargó de ser tantos los que posee, ha agotado, para que llegasen á adquirir aquéllas el carácter axiomático que tienen, el tesoro de sus conocimientos en Arqueología romana.

Y tomando por único ejemplo,—dado que sería hacer agravio á vuestra memoria y en mí oficiosidad inexcusable recordaros la multitud de ellos que podría deducir de su discurso,—la primera de las reglas por su autor establecidas, conviene á saber, que el estudio comparativo de los geógrafos é historiadores de la antigüedad es por sí sólo insuficiente para determinar la ubicuación de las poblaciones catalanas, que tales como las de Cisa y Subur, que son las que él mismo pone por ejemplo y que han desaparecido de nuestro suelo,

¿no os pareció, señores Académicos, al oírle hablar de los encontrados pareceres en que se dividen así los geógrafos antiguos, como los modernos, ya acerca la situación geográfica que ocupó uno y otro pueblo; ya respecto de los nombres con que fueron los dos conocidos; ya en fin acerca de cuáles de las poblaciones que sobre sus casi desaparecidos restos se levantaron; y al seguirle en sus excursiones en tan oscuro terreno, le escuchabais contraponer, respecto de la primera de aquellas dos poblaciones, ó sea de la de Cisa, la autoridad de Tolomeo á la de Polibio y Tito-Livio entre los antiguos, y entre los modernos poner en frente de la opinión de Marca, Flórez y Cortés la de Marina, Zurita, Pujadas y Margarit; y respecto de la segunda, ó sea de Subur, acerca de cuya ubicuación y nombre del pueblo que sobre sus ruinas edificóse, es aun mayor la oscuridad que reina, le oísteis con diligencia incansable ir apuntando los no menos opuestos dictámenes de Mela y Plinio, de Pujadas y Mayans, y de Tarafa y Flórez: cuando pendientes de sus labios le veíais acumular testimonios sobre testimonios, datos sobre datos para en vista de ellos formular más adelante aquella su primera regla de crítica histórica, que dejamos apuntada, ¿no os pareció, repito, que más que en hacer alarde de su vasta erudición en ese especial linaje de conocimientos, complaciase nuestro nuevo compañero en hacer en aquél, al igual que en los demás pasajes de su discurso, hasta pródiga ostentación de ellos?

Yo de tal, por más que sepa que he de lastimar con ello su modestia como escritor y su humildad como sacerdote, me permito calificarla. Y lo hago con tanto más gusto; dije mal: lo hago con tanta más convicción, en cuanto esto mismo, es á saber, ese más que ostentoso alarde de conocimientos que le habéis visto desplegar en su último discurso, se lo hemos visto hacer en casi todas sus obras cuantos le hemos admirado como escritor, ó bien, considerándole como orador sagrado y como apologista, hemos acudido á sus conferencias para afirmarnos en nuestras creencias, ó le hemos aplaudido

por sus triunfos como polemista. Y es que el nuevo académico, ora, como en el caso presente, se proponga desenvolver y probar una tesis científica; ora como en sus conferencias religiosas, ó en sus opúsculos de asuntos de más ó menos candente actualidad; ó ya en suma en sus artículos de revista, toma á su cargo dilucidar una verdad cualquiera, no suelta jamás la pluma de la mano hasta tener, no ya la seguridad,—pues su modestia no le permite tenerla,—sino y hasta donde cabe abrigoarla, la creencia de haber hecho todo lo posible para llevar al ánimo de sus lectores ú oyentes la convicción de la certidumbre del tema ó sujeto que se había propuesto demostrar.

Y si para alcanzar ese su constante propósito, en éste como en otros trabajos suyos, una crítica en demasía severa ó descontentadiza ha creído poder decir de él que no siempre se ha atendido al prudente, *ne quid nimis*, de Horacio; antes bien ha pecado en no pocos de sus escritos de demasiado prodigo en su argumentación y en la expresión de difuso, sin detenerme á discurrir si es ó no fundado ese fallo de la crítica, me limitaré á manifestaros, que en frente de ese fallo, si de otros defectos que de aquéllos,—dado caso que realmente lo sean,—no puede acusarse como sabio y como escritor á nuestro nuevo compañero, en vez de disminuir, crecerá en mí la doble satisfacción, que, según os decía al principio de este mi humilde trabajo, me cabe de ser yo quien en nombre vuestro le invite á tomar el asiento que le tenéis señalado, ya que de prodigos de saberes,—cuando de esa prodigalidad se hace alarde en sazón oportuna,—más que de avaros de ellos, siquiera sea por modestia, ó siquiera sea por aguardar ó por andar por demás afanados tras el hallazgo de una razón concluyente ó de un último dato, necesitan las Corporaciones de la índole de la nuestra para cumplir los fines para que fueron instituídas. Y quien en esta primera ocasión os ha demostrado, que cuando pone su planta en un determinado espacio del vastísimo campo de la ciencia, no levanta mano de la labor que se ha im-

puesto hasta haber cosechado todos los frutos que en él había, aprovechará, no lo dudéis,—ya que su pasado literario es prenda casi segura de lo que será su literario porvenir,—cuantas ocasiones, ó él mismo se crea, ó le ofrezcáis vosotros, para demostraros también que el diploma que vais á entregarle por mano de nuestro digno presidente, no envidiada corona que le convide al descanso, ó para que se irga más engreida su frente á su regalado contacto, sino que será, según más arriba os decía, estímulo poderosísimo para enriquecer aquélla con nuevas hojas. ¡Y ojalá que sean éstas muchas y de inestimable precio para mayor lustre de esta nuestra querida Corporación y más alta honra del nuevo académico!

HE DICHO.
